

Roberto Owen Piterbarg

ANÉCDOTAS DE UN AGRÓNOMO

Buenos Aires, Noviembre 2014

ADVERTENCIA

Debo advertir al lector de estas páginas que fueron escritas con un ligero desorden y poca coordinación, pero reflejan ciertamente un trozo importante de mi vida, acompañada en los diversos y múltiples despliegues laborales y emocionales. En parte aparecerán diálogos con mi nieto, quien confiesa a su abuelo que quiere ser como él, un agrónomo. Y en otras partes del relato dialoga el agrónomo, nombrado Carlos, con su amigo, llamado Marcos. En esta abigarrada prosa prometo que el lector, contando con paciencia suficiente, se entretendrá y, quizás, hasta piense bien del escritor de estos recuerdos.

INTRODUCCIÓN

En diciembre de 2006 se cumplieron cincuenta años de mi graduación como ingeniero agrónomo. ¡Qué barbaridad!

Debería retroceder en el tiempo, pero bien sabemos que ello es imposible, y solo nos queda elaborar, con el mayor cuidado, una memoria de los trabajos que durante ese lapso realicé, procurando brindar algo que pueda ser de utilidad a los presumiblemente lectores que accederán a este anecdotario autobiográfico.

Para introducirme en el tema, o sea la memoria, tengo que rendir tributo a muchísimos hombres y mujeres que a lo largo del tiempo contribuyeron a que mi labor de agrónomo produjera resultados razonablemente satisfactorios. No puedo sino brindar por la salud de los que están vivos, y rendir un recuerdo afectuoso a los que ya no nos acompañan.

¿PARA QUIÉN ESCRIBO “LAS ANÉCDOTAS DE UN AGRÓNOMO”?

Los naturales destinatarios de este texto son, en primer lugar, los estudiantes de agronomía y los colegas jóvenes, con pocos años de vida profesional, anhelantes de impulsar sus actividades superando todos los obstáculos que se les pudieran presentar y aquellos no tan jóvenes a los que les atrae repasar, a partir de mis vivencias personales, la historia de la profesión. También accederán a su lectura familiares y amigos curiosos por mejor entender a su pariente y amigo.

¿Y cómo dar comienzo a un relato que supere el aburrimiento del lector? Pues comencemos con un tono bromista y sacudido de exigencias académicas o reiterados posicionamientos filosóficos. Habrá exigencias y habrá filosofía, pero procuraremos que haya también hilaridad.

Un principio apropiado es descubrir qué clase de personaje es el escritor de estas “Memorias”. Para ello inevitablemente debo referirme a hechos de ese pasado juvenil en que estuvimos sumergidos medio siglo atrás y que, es obvio, son aguas hoy desaparecidas de la mente y memoria de los jóvenes. Uno de esos tantos hechos históricos lo constituye también la presencia de íconos, de esas figuras que desde la pantalla del cine –obligatorio entretenimiento de esos días-, reverberaban los momentos que vivía el mundo apenas anterior a la terrible Segunda Guerra. Uno de ellos, quizás el más reconocido y significativo fue Charles Chaplin: construyó un mundo de risa y llanto con un personaje que se desplegaba en mil y una actividades. Así, nuestra infancia y juventud tempranas, vivió contemplando al mimético Carlitos, ora “policía”, ora “bombero”, ora “inmigrante”, ora “vendedor de tiendas”.

Sucedió en un día en el que visité a mi amigo Herman, poco tiempo después de que abandonara un empleo para

comenzar otro. Mi amigo me dijo, con su habitual desparpajo y socarronería: “Vos sos una especie de Carlitos: Carlitos en el INTA, Carlitos en el Malbrán, Carlitos en...”. Y si esa misma observación la hubiera hecho el día de ayer, el listado de las tareas que desempeñé a lo largo de mi vida profesional, describir a este Carlitos tendría una longitud considerable.

Pues bien, si aceptamos esta designación que me aplicara mi amigo, con seguridad se encontrarán los lectores con una suerte de agrónomo “experimental” o sea, uno que ha trabajado en multitud de tareas, vinculadas y desvinculadas entre sí y, por cierto, absolutamente ajenas a especialización alguna. Pero dejemos de lado este introito y vayamos a lo que constituyen en sí mismas las reflexiones que quiero brindarles a los colegas, amigos y familiares que se tomen el trabajo de leerlas.

ALGUNAS REFLEXIONES ANTES DE EMPEZAR

“La noche del miércoles 5 de Noviembre de 2005, al ver el programa de “Chacho” Alvarez, en que procuraba definir cómo es la burguesía nacional actual, y en realidad, si efectivamente existe, alcancé a rescatar una frase que es suficiente para aclarar esa duda. Sentado a la mesa, cenando junto a mi mujer, pude escribirla en una servilleta: “EL FUTURO ES CAMBIANTE, HAY QUE APROVECHAR LA OPORTUNIDAD...””

En el marco de un programa televisivo, en que se pretende formular políticas para el mediano y largo plazo, esa frase fue ciertamente desafortunada, pues si hay una conducta que no permite diseñar una política es precisamente la conducta oportunista que manifestó sin titubeo alguno el entrevistado”.

Los párrafos transcritos más arriba son parte de un artículo que refieren con toda precisión la importancia del oportunismo en el desarrollo de la economía argentina y, consecuentemente, de su sociedad. Como yo me propuse escribir una suerte de recuerdos de mi vida profesional, de ingeniero agrónomo, de pronto me doy cuenta que he sido producto o expresión personalizada de ese oportunismo impertérrito que alcanza a todos los argentinos o, al menos, a una buena parte de ellos.

Estas palabras no son justificación de mi conducta de trabajador, sino refleja que, a la manera de mi país, de mi patria, he sido un consecuente y ferviente cumplidor de su más destacada calificación como lo explicaron con precisión en un trabajo los economistas Sabato y Schvarzer (*). Y eso fue producto de diversas situaciones que me tocó vivir, azarosamente algunas, otras premeditadas y equívocas. Pero toda mi historia profesional carece de una cronología armable, estructural. Es la sucesión de trabajos/acostecimientos en que

mi papel protagónico, intenso como agrónomo profesional, en esa discontinuidad que causa el oportunismo o el azar de situaciones externas a los deseos de uno mismo, terminan por desgajarse en una serie de episodios carentes de una cronología precisa. Y esto es lo más significativo, en un desorden memorioso que transforma mi relato en una serie de anécdotas, unas más interesantes, otras menos, pero difíciles de construir lo que debería ser una verdadera autobiografía. Es inútil que me empeñe en esa construcción ordenada. No solo perderá sabor e interés para el lector, sino que, y eso es lo más grave, me conducirá a construir un “currículum” de fantasía. Por eso, en estos momentos de escritura, me parecen más acertadas las reflexiones que vayan apareciendo en mi mente, recordando etapas de mi vida profesional.

Observemos la situación desde otro ángulo. ¿No es mi historia profesional una copia fiel de la historia de mi país, de nuestra Argentina? Y voy más lejos, siempre en tono de irónica recordación: no de balde mis compañeros con quienes juego pelota a paleta me bautizaron “EL OMBÚ”, obviamente por mi dificultad para moverme pero, visto en el marco de esto que escribo ¿no refleja que soy el único árbol (para colmo, de tan extraña estructura tisular) que crece en las pampas agrícolas, fértiles, con lluvias suficientes para encarar la labor agro ganadera con éxito seguro?

No quiero exagerar ni plantear criterios subjetivos en torno a mi vida de agrónomo, pero seguramente hay fuertes influencias que envuelven mi consistente permanencia en esta mi tierra. Si bien hubo en mis padres un fuerte componente de cosmopolitismo (incluso mi madre vivió largas temporadas en París), del otro lado aparece la figura de mi abuelo materno que, siempre cerca de mí, me marcó desde la infancia. Lo veo en una fotografía montado en un caballo, cubiertas sus piernas con guardamontes, señal inequívoca de cabalgata en campo agreste y achaparrado, ése del norte santafesino en el que, y no

podía ser de otro modo, también tuve oportunidad de hacer algún trabajo en su seno.

Por eso, cuando escribo mis recuerdos de agrónomo la cronología queda sobrecubierta por la infinitud de anécdotas vividas, la diversidad de situaciones que debí afrontar, con mayor o menor suerte pero, eso sí, siempre como agrónomo, siempre recordando las estrechas calles del Jardín Botánico de la Facultad, en fin, el tiempo del aprendizaje que gocé y que mantengo en mi memoria como los tiempos felicísimos de mi vida.

(*) Jorge E. Sábato y Jorge Schvarzer: Funcionamiento de la economía y poder político en la Argentina; trabas para la democracia. En: *¿Cómo renacen las democracias?* [Alain Rouquié y Jorge Schvarzer-recopiladores]. Pgs 175-212. Emecé Editores, 1985.

Capítulo I

EL PODER DE OBSERVACIÓN

-¿Y, qué te pareció este paseo por la Facultad?

-Muy bueno, abuelo, me sorprendió ver qué hermoso es el Jardín Botánico que tiene la Facultad.

-¡Las veces que lo habré recorrido cuando estudiaba Botánica Agrícola, la primer materia que cursé! ¡Y qué recuerdo me viene a la memoria del que fuera mi profesor, el Ingeniero Agrónomo Lorenzo R. Parodi, mi primer maestro de la agronomía!

- “Parodi” – y lo llamaré así de ahora en adelante-, marcó con su enseñanza lo que constituiría el eje central de mi labor profesional, del desarrollo de las diversas actitudes que la vida de trabajo me obligó a cumplir. ¿Y en qué consiste ese eje central? Simple y sencillamente, se expresa en haber desarrollado en mí el necesario poder de observación de los elementos objeto de mi trabajo, en particular de las plantas. Recuerdo esos primeros días en la Facultad, esas clases teóricas a las que asistía en el anfiteatro del edificio de Botánica, de los primeros trabajos prácticos en el laboratorio. Y, naturalmente, de los primeros paseos por el Jardín Botánico, que, como acabás de ver-sigo relatando a mi nieto- contenía las especies ordenadas según la taxonomía de Engler. Concluía ese proceso formativo con la confección del herbario de plantas espontáneas que recogíamos en parques, terrenos baldíos o campos de las cercanías, y que pasando una y otra vez por los papeles de secado, concluían por ser parte integral de nuestra mente.

-¿Y yo tendré que hacer lo mismo que hiciste vos, abuelo? ¿Confeccionar un herbario?

-No sé, calculo que sí.... - le digo con una sonrisa y agregó:

- Quiero que tengas en cuenta por qué es tan necesario el poder de observación para un agrónomo. En efecto, a los agrónomos nos toca ocuparnos de un conjunto de especies vegetales cultivadas que supera fácilmente el centenar. Comparemos ese vasto universo al estrecho universo de la medicina, que sólo se ocupa de una especie, el *Homo sapiens*, o el del veterinario que atiende apenas algo más de unas decenas de especies domésticas. Pues bien, si a ese universo le añadimos los factores que alteran sus existencias o sea el conjunto de enfermedades, plagas animales y malezas y también le sumamos los factores nutricios que componen los distintos elementos, nos encontramos con una combinación de factores que se convierten en una cifra difícilmente aprehensible para cualquier ser humano.

Y aquí es donde aparece en toda su magnitud lo importante que fue Parodi desde lo que sería la modestísima enseñanza de la Botánica Agrícola: que sus alumnos se “hicieran el ojo”, aprendieran a distinguir diferencias apenas perceptibles pero ciertas, muchas de ellas hereditarias manifestaciones de la diversidad genética producto, sea de la selección natural, o de la selección artificial que genera la labor del fitomejoramiento.

Cada uno de nosotros, los que nos graduamos de ingenieros agrónomos con Parodi como maestro, tuvimos diversos destinos. Y ahora, a esta altura de la vida en que la curiosidad juvenil es reemplazada por la memoria olvidadiza, en cada oportunidad que tropiezo con una planta que nos parece desconocida, siento a mi lado la figura de Parodi incitándome a reflexionar, a procurar reconocer ese objeto vegetal que, con seguridad, subyace en mi memoria.

-Nicolás –le continúo hablando a mi nieto mientras subimos al tren en la Estación Arata para volver a Chacarita-, si te queda alguna duda acerca de lo significativo del poder de observación en la gestión profesional de un agrónomo, te

cuento una anécdota risueña que Parodi hacía posible con su trabajo docente. En ocasión de los exámenes finales, poblaba la mesa del anfiteatro con decenas de plantas diversas, sumergidas sus raíces en frascos de vidrio. Cuando el alumno terminaba la exposición oral, Parodi le señalaba una planta y pedía su nombre. En la ocasión que te cuento, le indicó una planta a un compañero nuestro y le preguntó “¿Qué es esta planta?” Se trataba de una planta de tallo erguido y verde, con florecillas pequeñas y algo menos de un metro de alto. Nuestro compañero la miró y le respondió a Parodi: “No sé, Ingeniero”. Parodi insistió diciendo: “Fíjese de nuevo, mire toda la planta”. A ese pedido, dirigió su mirada a las raíces y, balbuceando, respondió: “¡Es una zanahoria...!”

Capítulo II

LOS DESEOS DE APRENDER

Parece una verdad de Perogrullo, pero hay que reflexionar con cuidado respecto a ello. En efecto, yo no concurrí a la Facultad con el único propósito de alcanzar un grado sino principalmente para “aprender”, para reunir los conocimientos necesarios para poder ejercer, especialmente sobre la naturaleza de los vegetales, algunas acciones transformadoras, acciones que devinieran en la presencia de nuevas variedades, de nuevos procedimientos de labranza, el empleo de nuevos insumos necesarios para el desarrollo de las plantas útiles, propósito esencial de la Agronomía como técnica. Obviamente debía nutrirme de lecturas apropiadas, de material de estudio, ora libros, ora apuntes mimeografiados (reproducidos la mayoría en el mimeógrafo del Centro de Estudiantes). Fui un gran devorador de ellas, y no reparé en esfuerzos. Contaba sí con el generoso bolsillo de mi padre, que a cada pedido que hacía me daba el dinero que asegurara la adquisición. Observo todavía en los anaqueles de mi biblioteca el ejemplar de “Tratado de Botánica” de Eduardo Strasburger (Manuel Marín Ed. –Barcelona 1943) y el del “Tratado de Botánica Sistemática” de Richard Wettstein (Ed.Labor 1944). Tenerlos al alcance de mis manos siempre me han sido de utilidad, aunque reconozco que hoy son una suerte de fósiles que mejor estarían en una biblioteca accesible a los jóvenes estudiantes.

-Sabés- le digo a Marcos, sentados frente a frente en una mesa del “Iberia”- quedé medio anonadado cuando concluí la visita con mi nieto a la Facultad. ¿Qué bicho le había picado para decidirse a estudiar agronomía, él un muchacho absolutamente de ciudad, sin una familia ni un amigo que tuviera algo que ver con el campo, salvo yo, su abuelo. Y mirá lo que son las cosas, Marcos, esa visita que hice con mi nieto a

la facultad y a su Jardín Botánico para mí fue una suerte de volver a vivir, a recorrer un pasado que había quedado atrás en las décadas sucesivas de labor como agrónomo. Y, como te decía, me quedé medio atontado, como si no pudiera presentar a Nicolás argumentos que se aproximaran a las razones de su deseo. En esa visita le expliqué que lo que estaba viendo no era un conjunto de plantas reunidas a la buena de Dios sino ordenados en canteros de acuerdo con el orden botánico sistemático y le hablé de la importancia supina para un agrónomo que es el poder de observación. En un momento me detuve, miré en perspectiva el pasado y experimenté una amarga decepción.

-¿Por? –pregunta Marcos interesado en mis reflexiones.

-Pues bien- continuo-, caí de repente en la cuenta de que mis estudios de agronomía y esa convicción casi suprema de que el poder de observación es el eje central de mi labor profesional, y seguramente así lo fue, en todos los largos años en que trabajé en el campo en las actividades más diversas, ha caído en desuso. No es la realidad de nuestros días. Te pongo como ejemplo un simple aviso para contratar un ingeniero agrónomo que hoy mismo leí en internet. ¿Qué dice en el texto?

“Buscamos un Ingeniero Agrónomo con perfil generalista: administrador, productor, asesor técnico - comercial, con marcada vocación y entusiasmo para desarrollar un área de negocio en expansión, de cultivos aromáticos”...

Marcos se sonrió y me responde:

-Sí, creo que tenés razón. Hoy en día esta profesión tuya ha adquirido otro relieve, ya es la de un universitario que debe asumir responsabilidades gerenciales que en nuestros tiempos juveniles no existían ni por aproximación. Fijate vos que yo quería estudiar agronomía y mis viejos me persuadieron que era una carrera de cuarta, sin ninguna importancia en el conjunto direccional de la sociedad, sin relevancia alguna. Pensemos en

la primera mitad del siglo XX, cuando nacimos y crecimos y nos educamos, y no verás a ningún agrónomo que tuviera cargo destacado en los gobiernos, ni nacionales ni provinciales.

-¡Qué al cuete llevé a mi nieto al Jardín Botánico!- le respondo a Marcos -Se ve que el deseo de ser agrónomo no viene por el lado de heredar mi profesión sino se está refiriendo a otra, muy distinta de la viví, en la que me formé y trabajé. Sí, seguro que le interesa escucharme, pero debo ser cauteloso en transmitirle mis experiencias personales. Muchas de ellas, si las tuviera que llevar a cabo hoy, contaría con herramientas tecnológicas que entonces no existían.

Capítulo III

DE MI INFANCIA

Nací y me crié en un suburbio de Buenos Aires, en la poco conocida Villa Sarmiento, aledaña y dependiente de Ramos Mejía, poseedora de la estación del tren suburbano que, años antes de mi nacimiento, había alcanzado categoría especial por haberse electrificado. Y en ese suburbio, entre medio de casas humildes, y algunas quintas con casonas más importantes, chalés y pocos comercios, subsistían terrenos baldíos. En esos terrenos baldíos los viejos inmigrantes –la mayoría italianos-, consagraban horas del día a cultivar la huerta familiar. Ese fue mi primer contacto con lo que luego sería mi destino vital, la agricultura...

Don Vicente me llevaba a su quinta, me hacía caminar entre surcos de cebollas, entre surcos de tomates o chauchas que desplegaban sus tallos sobre las cañas de castilla atadas con hilos de cáñamo en sus extremos, para asegurar que los tallos trepadores se instalaran y progresaran, rindiendo flores y frutos.

También, y ello era obvio, sonaban de temprano los cantos de gallos y el murmullo de las gallinas que, picoteaban un poco maíz partido –que se adquiría en la carbonería de la esquina-, comunicaban con sus cacareos que otro huevo había llegado al mundo...

¿Tiempos de infancia? Vecino a mi casa vivía la familia Borelli, dueños de la colchonería. Una vez al año, a principios del otoño, reaparecía en el patio central de la casa del colchonero una enorme cuba de madera y adentro al hijo menor, Segundo, pisoteando los racimos de uva que su padre, don Arturo, vertía en la cuba. De allí saldría el vino que a los pocos días embotellaba y también un líquido más claro, la vineta, que nunca supe en qué consistía realmente.

A la casa de mi infancia, casa de un médico que todavía en esos tiempos era uno de barrio, devenido años más tarde en

homeópata reconocido más allá de los límites pueblerinos, llegaba una buena cantidad de vino producido por otros vecinos y pacientes suyos. Recuerdo los de la familia Pastini, vino en botellas con corchos cubiertos con lacre. Desafortunadamente, muchas de esos “regalos” terminaban en el excusado porque se avinagrababan y eran imposibles de beber.

Frente a casa vivía el lechero que tenía un carro y un caballo, creo que tordillo, y todas las mañanas salía a hacer el recorrido. A mis 5 ó 6 años mi sueño era ser lecherito, acompañar a don Félix con el tarro y la medida en la mano. Félix vestía bien como vasco, con boina negra, camisa con puntillas y bombachas negras. Saltaba ágilmente desde el pescante y esos medios litros caían en las lecheras que las vecinas le alcanzaban.

Pero vivía inmerso en medio de grandes contradicciones. Así como sonaban los cantos del gallo a las siete menos cuarto, a las siete sonaban las sirenas de la fábrica textil “Danubio” llamando a sus obreros y, desde la ventana de mi cuarto, alcanzaba a ver su chimenea, muchas veces humeante pese a estar a más de un kilómetro de distancia.

Otras aproximaciones de la infancia, son los recuerdos del vivero de Miramar, con su ingeniero Oscar Moretti a la cabeza, el primer ingeniero agrónomo que conocí. No imaginaba entonces que seguiría sus pasos, pero nuestras recorridas en bici por el vivero, el olor a los bosques de pinos recién plantados, detrás de tamariscos y acacias, que los protegían de las brisas del mar, fueron en forma persistente creándome una aproximación a la tierra laborada, al mundo de la creación vegetal, al mundo de lo vital más primitivo, o sea, las plantas.

¿Cuándo y por qué se decidió mi destino profesional, mi voluntad firme de ser un ingeniero agrónomo? Me cuesta ahora poder determinarlo pero sé que hubo otro elemento que se entretejió en la elección. No olvidemos que nuestra

adolescencia de postguerra fue iluminada por lo magnífico del crecimiento de la Argentina, de una prosperidad recuperada luego de la crisis de los 30, crisis que yo alcancé a percibir en los hombres sin trabajo amontonados en los galpones de Puerto Nuevo, seguramente a la espera de que les sirvieran comida desde la “olla popular”.

Dejaré para más adelante precisar esos momentos porque quiero avanzar en mi relato, ahora que he cumplido mis primeros 50 años de ingeniero agrónomo en los que viví mi profesión en un marco de vicisitudes inimaginables.

Me veo ahora correteando en los fondos de mi casa o me dirijo a inspeccionar una de las tres colmenas que tenía en el jardín, muy cerca del pequeño gallinero con unas pocas gallinas batarazas y un gallo.

Dejo al niño que fui vigilando los surcos de “la quinta” donde tengo unas plantas de tomate, creciendo montadas sobre cañas de Castilla, unas pocas de berenjena y otras pocas de ajíes. Obvio, un pequeño cantero con radicheta lista para ser cortada.

Capítulo IV

LAS LANGOSTAS SALTONAS

-Te voy a contar un cuento –le digo a mi nieto que me mira con ojos asombrados

-¿Un cuento, abuelo? Ya no soy un chico...

-Lo sé, pero escúchalo y después me decís.

-Dale –me dice Nicolás y me mira como cuando era chico y yo le contaba cuentos de piratas para que se durmiera.

“El “Rayo de Sol” avanzaba hacia Córdoba, Carlos, solo, viajaba rumbo a Villa Carlos Paz. Descendería del tren en la estación de la ciudad y de allí marcharía hasta la Terminal de Ómnibus y seguiría su viaje, pues el tren no llegaba a Carlos Paz.

Era un día de Enero de 1947, caluroso, con el cielo apenas teñido por algunas nubecitas. Sentado junto a la ventanilla abierta la ligera brisa hacía soportable el calor.

Era su viaje de vacaciones. Carlos, acostumbrado de pequeño a viajar solo, se sentía cómodo rodeado por pasajeros de diversa condición, y no prestaba mucha atención a las charlas que se superponían en ese salón de segunda, con algunos mateando, otros jugando a las cartas: él estaba enfrascado en la lectura de “El Vizconde de Bragelonne”, impaciente por conocer como concluían las aventuras del espadachín D`Artagnan.

De pronto el tren disminuyó la velocidad. Fue aminorando de a poco hasta que finalmente se detuvo.

-¿Qué pasa?- preguntó un pasajero, sentado frente a Carlos. Este, sorprendido, dejó a un lado su libro y se asomó por la ventanilla abierta. Observó que varios pasajeros, junto con uno de los guardas, caminaban hacia la locomotora. Carlos también descendió y se encaminó hacia la punta del tren. Pero mientras caminaba al costado de las vías observó que sobre el talud siempre verdeante que llegaba hasta los

durmientes, se distinguía una masas tumultuosa de insectos que atravesaban las vías. Eran insectos de una contextura más bien reducida (con un cuerpo de un par de centímetros de largo), y que saltaban sin tropiezos desplazándose desde el Sur hacia el Norte. Cuando Carlos llegó con otros pasajeros hasta la locomotora la sorpresa fue increíble: la caldera seguía funcionando, empujaba las ruedas de tracción, pero éstas patinaban sobre la masa oleosa que conformaba la multitud de langostas saltonas que se proponían cruzar rieles y durmientes y seguir en su avance. Era una masa informe, una multitud insectil que, superpuestas unas sobre otras, convertían los rieles en barreras fácilmente franqueables

Observó Carlos cómo las ruedas de tracción giraban y giraban, pero sin avanzar porque la masa de saltonas, que cubrían un ancho de un par de cien metros a través de las vías, oficiaban de material resbaladizo insuperable. Un instante después observó que el maquinista, junto a algunos pasajeros, se apeaban delante de la locomotora y colocaban piedras de balasto sobre los rieles. Cuando alcanzaron a colocar un par de metros de balasto el foguista, que había quedado en la máquina, la puso en marcha y, gracias al balasto sobre los rieles las ruedas volvieron a avanzar y así el tren se había puesto nuevamente en marcha., al principio lentamente –para dar tiempo a los pasajeros apeados a treparse al tren y luego, ya con más velocidad, pudo por la misma inercia del tren, superar el par de cientos de metros de vías que la masa de saltonas habían cubierto.

Cuando llegó a Villa Carlos Paz Carlos contó esa insólita experiencia que había vivido. El dueño de casa, Don Federico, tenía una huerta en la vecindad de la misma.. Y poco días después los visitantes debieron tomar cacerolas y hacerlas sonar con las cucharas paseando por la huerta , y así poder espantar a la manga de langostas voladoras que querían

bajar sobre la huerta para devorar frutas y hortalizas, tan caras para el dueño de casa”.

-Me asombra, abuelo, lo que me contaste. Carlos, sos vos, ¿no?

-Bueno, sí...

Mi nieto se ríe.

- No puedo entender cómo unos vulgares insectos impidieron que un tren avanzara....

-Claro, te relato algo que ocurrió cuando vos no existías ni siquiera en mi imaginación, más de veinte años antes de tu nacimiento. Sí tengo que aclararte algo: que las langostas fueron una peste que asoló territorios en todo el mundo, desde los tiempos bíblicos. Acá, en Argentina, país agrario si lo hay, desde el Ministerio de Agricultura se había creado una gran organización para luchar contra esta plaga. Fijate que para detener a las langostas saltonas se armaban barreras de chapas de zinc, de unos 30 centímetros de alto, que impedían avanzar a las saltonas que, amontonadas en una suerte de pozos, terminaban destruidas con lanzallamas. Pero la contención no fue suficiente hasta que, a principios de los años 40, la industria química descubrió una serie de insecticidas, los organoclorados. Entre ellos los más populares de entrada fueron el DDT (que los Aliados emplearon para combatir los piojos que asolaban en Italia) y el Hexaclorociclohexano, popularmente conocido con “Gammehexane”. Con este producto, pulverizado desde aviones, el Ministerio de Agricultura logró controlar esta plaga. ¿Cómo? Sucede que desde muchos años antes los entomólogos sabían dónde estaban los centros de reproducción, donde las langostas adultas, las voladoras, descendían y efectuaban el desove. A lo largo del Paraná, y en parajes de las provincias de La Rioja, Catamarca y Córdoba serrana estaban los principales centros de desove. Por esos, cuando se contó con un insecticida apropiado en un par de

años se logró controlar la langosta y prácticamente así su desaparición como plaga de la agricultura.

-Abuelo, pero esos insecticidas eran muy tóxicos también para el hombre, sobre todo porque no se degradaban ¿no es así?

-Sí, efectivamente. En 1962 una científica norteamericana, Rachel Carson, publicó un libro: “La primavera Silenciosa” en que explicaba cómo esos insecticidas organoclorados terminaban acumulándose en los alimentos vegetales y concluían sus residuos en especies acuáticas, haciendo peligrar la vida en los mares. Fue el nacimiento del ecologismo proteccionista, y obligó a que, años después, su empleo fuera restringido y finalmente prohibido.

Mi nieto y yo quedamos unos instantes en silencio. La anécdota vivida que le conté, y cómo esa plaga finalmente fue controlada, es una suerte de compleja y contradictoria enseñanza. El hombre requiere alimentos que se producen en plantas y animales; para obtenerlos hay que combatir plagas y enfermedades que afectan a sus productores. Y en ese combate hay riesgos que afectan al ambiente todo, incluso al hombre mismo. Por eso, es tan difícil de lograr un manejo equilibrado del ambiente, el uso de estos “remedios” cuidando la salud de los operadores y finalmente, de los consumidores... Es una lucha que no tiene fin y que requerirá cada día más inventiva, más uso de la inteligencia humana, y un cuidado equilibrio entre los estímulos para producir mejor y con menos riesgo para la salud humana, animal...y vegetal...

Capítulo V

A CAMPO TRAVIESA

Marchamos Por la Ruta 2 rumbo a Mar del Plata. La F-100 se desempeña bien, sin inconvenientes. Nunca imaginé que conduciría a través de las pampas una camioneta de esa envergadura, con un motor V-8 que traga nafta como quien estuviera cebándose un mate permanentemente. Nicolás mira por la ventanilla y se le ocurre hacerme una pregunta:

-Abuelo, el otro día leyendo un texto que nos dieron en la escuela, hablaban de “a campo traviesa” ¿qué significa eso?

Miramos la extensión del territorio a los costados de la ruta, una extensión que apenas se mancha con algunos montes arbolados. Se observa sí una población de ganado-preferentemente vacuno-, desparramado en extensos potreros y algún molino, alguna manga y, también, perdido en el horizonte, el casco de una estancia.

-Pues, precisamente, Nico, ir a campo traviesa es atravesar una inmensidad de terreno sin que tenga obstáculos físicos establecidos. Naturalmente, cuando entrás en un campo para recorrerlo lo hacés a caballo y así podés moverte sin mayores dificultades. La principal, sin duda, son las tranqueras, que en algunos sitios están cerradas con candados, por lo que necesariamente, si no tienes la llave para abrir la cerradura, no podrás atravesar. Por eso el “campo traviesa” es más una forma expresiva que una realidad. A nadie se le ocurriría caminar a pie a campo traviesa salvo que...

Mi memoria de pronto se despierta. ¡Oh, memoria, cuántos secretos inverosímiles e intrascendentes te has guardado! pienso, y enseguida digo a mi nieto:

-Salvo que hayas tenido la loca ocurrencia que tuvo tu abuelo hace algunos años atrás...

-¡Abuelo, que otra locura hiciste!

-Sucedió que mi amigo Miranda había instalado un colmenar en un campo de Suipacha, de la familia de los Z. El campo –como la mayoría de los de esa zona, en los años que te hablo (los 50...) tenían explotación tambera y, por lo tanto, estaban cubierto de vacas y terneros. Un día mi amigo Miranda tenía que hacer la extracción de la miel y para eso me pidió lo ayudara. El casco del campo, donde estaba el galpón en que tenía la máquina extractora y los tanques de almacenado, quedaba a una legua de distancia de la ruta. Convenimos con Miranda que yo vendría en ómnibus desde Liniers y me bajaría en el Km 127 y, salvo que lloviese, caminaría hasta el galpón. “Es muy fácil” , me explicó Miranda “vas caminando siempre hacia el Sur y a un par de kilómetros que hayas caminado ya distinguirás el casquito del campo de don Z. Pues así sucedió: bajé del ómnibus, atravesé el primer alambrado y seguí caminando hacia el Sur. Lo hice bordeando un alambrado porque el primer potrero que tuve que cruzar estaba cubierto de cardo negro de casi dos metros de alto, en plena floración: la delicia de las abejas, y luego delicia de las mieles que pronto extraeríamos. Avancé, avancé y de pronto entré en un lote alfalfado. Por un instante pensé que, para avanzar más rápido lo caminará atravesándolo en diagonal, para acercarme más rápidamente al galpón; pero no pasaron unos segundos que reparé de pronto que una masa informe de vacas y terneros se dirigían hacia mí. En ese instante, felizmente, recordé sabias palabras que algún criollo alguna vez me había pronunciado:”no se te ocurra caminar a campo traviesa habiendo vacas. Son animales curioseadores y, como no están acostumbrados a ver gente de a pie, seguramente se apresurarán a acercarse y, si no estás cerca de un alambrado para saltarlo y ponerte a salvo, por la misma curiosidad que estos animales sienten, quién te dice que en una de éstas se ponen en movimiento y con una suerte de rempujones se abalancen sobre

el objeto que despertó su curiosidad, simplemente un hombre de a pie en medio del potrero...”

-¿Y eso te ocurrió, abuelo?

-Sí, por suerte estaba caminando cerca del alambrado. Cuando vi que las vacas venían hacia mí, salté el alambrado y seguí mi camino, mientras las vacas, con esa cara tan expresiva que ponen cuando se les despierta la curiosidad, solo pudieron continuar observándome.

-¿Y llegaste al galpón?

-Sí, Nicolás, sin inconvenientes.

-Bueno, pero esa fue la única vez que fuiste caminando a campo traviesa. Lo habrás hecho a caballo, en camioneta, hasta en zulky. Nunca más a pie ¿O no?

-No, Nico, en otra oportunidad caminé, caminé muchos kilómetros a lo largo de las alambradas, midiendo campos. Pero esta es otra historia, ya hablaremos de eso...

Capítulo VI

LAS VARIEDADES

Es el atardecer del domingo y estamos llegando a Buenos Aires desde Mar del Plata. Mi nieto Nicolás que viene dormido, se despierta con ansias de preguntar.

-Abuelo, siempre estás hablando de variedades vegetales ¿es tan importante esa palabra?

Lo miro y solo atino a responderle:

-¿Querés saber qué son las variedades vegetales? ¿Te acordás cuando te llevé al Botánico y te hablé de Parodi y de las especies que incluíamos en el herbario? Bueno, entonces ahora voy a hablarte de las variedades.

-Y ¿por dónde empezamos?

-Mañana nos hacemos una rápida visita al Rosedal, en los bosques de Palermo, y te lo demostraré con un buen ejemplo, mejor que la mejor definición que se me pueda ocurrir sobre variedades vegetales.

Nicolás me mira entre azorado y dubitativo y, seguramente esté pensando ¿cómo es posible que mi abuelo, un experimentado agrónomo, no pueda definir con unas pocas palabras en qué consisten las variedades vegetales?

-Te aseguro – le cuento un mes después a mi amigo de toda la vida, Marcos. Estamos los dos tomando un café en un bar del Centro-, que me lo preguntó con tanto énfasis que no me atreví a iniciar una disertación sobre el tema y `preferí llevarlo a un lugar donde las mismas plantas se lo explicitaran a un curioso como mi nieto. Y fuimos a Palermo en la mañana del domingo, un hermoso domingo de octubre, sin una nube, con un sol resplandeciente. Y apenas dejamos atrás el lago y nos internamos en el Rosedal una enorme sonrisa se dibujó en la cara de mi nieto:

-¡Abuelo, qué maravilla, que rosas tan distintas y qué hermosas! Estábamos en pleno período de floración y el macizo

de rosales esparcía un entusiasmo floral que llenaba la vista y sorprendían los perfumes, aunque no intensos, pero sí dominantes en el Rosedal, abarrotado de público que recorría los senderos y observaba las casi infinita diversidad de rosales en flor.

-Bueno, acá tenés un extraordinario ejemplo de qué son las variedades vegetales, un conjunto de plantas muy distintas entre sí, bien visibles en este caso por tratarse de flores, pero que son todas de la misma especie. Es decir, si pueden cruzarse sus flores pueden dar origen a otras flores distintas, pero todas dentro de la misma especie.

Salimos del Rosedal y volvimos al auto. Mientras regresábamos a casa de mi nieto, en Caballito, le dije:

-Esta pregunta tuya, que creo haberte contestado satisfactoriamente, me ha traído a la memoria una anécdota que seguramente dejará en tu mente una cabal comprensión de la importancia que tienen las variedades vegetales, mucho más allá que meras diferencias estéticas que, obviamente, también son significativas, como hemos visto recién en el Rosedal. Sucede -y vos bien los sabés- que en un tiempo tuve a mi cargo la Dirección Nacional de Semillas. Bueno, está bien, esa es mi historia personal, pero lo que quiero que escuches ahora es la anécdota que recordé. Sucedió que en ese tiempo, años 85-88 se acababa de establecer un programa de producción de semilla de papa, que tiene sus peculiaridades. Lo cierto es que se había constituido un comité con técnicos y productores para tratar todo lo vinculado a la semilla de papa. En una de esas reuniones se presentó una firma que solicitó autorizaran la importación de una variedad que no se producía en el país, y que esa firma tenía interés en producirla aquí. Bueno, se abrió una discusión en la mesa y lo que entonces me sorprendió fue que algunos paperos se pusieron a reír y comentaron que esos tipos estaban locos de remate porque esa variedad, se llamaba “Russet Burbank”, era susceptible a todas las plagas y

enfermedades y que por eso la habían abandonado los pocos paperos que alguna vez la habían producido en la zona de Balcarce, que es la principal zona de papa de nuestro país.

Observo que la curiosidad de mi nieto se acrecienta y entonces sigo hablando:

-¿Qué hice entonces ante un rechazo generalizado en el comité? Llamé a mi despacho a los representantes de esa firma y les comenté la opinión de los paperos. ¿Y qué me contestaron? Que necesitaban producir esa papa para abastecer a la firma McDonald's, que acababa de abrir sus primeros locales en Argentina. Y esa era la variedad que empleaban para producir sus papas fritas, y que no podían reemplazar la "Russet Burbank" con las variedades que se producían entonces aquí. Inquirí una explicación y me dijeron que, como bien se sabe, McDonald's se ha constituido como una empresa internacional produciendo con igual calidad en todos los sitios donde se establece. Y, en el caso particular de las papas fritas, necesitan una variedad con alto contenido en materia seca y de forma alargada porque "como las papas fritas se venden por cartuchos, las papas alargadas llenan el cartucho con menos gramos, y ésta es una característica de la 'Russet Burbank'..." Mi nieto quedó boquiabierto y entonces le dije:

-Este es un buen ejemplo de la importancia de distinguir las variedades de una especie vegetal. Bueno, obviamente lo de McDonald's es un caso muy particular de uniformidad internacionalizada. Por otra parte no sé si sabés que la revista "The Economist" publica anualmente el índice "Big Mac", en que coteja el precio de esa hamburguesa en todo el mundo y sirve para verificar la relación de las monedas de cada país con el valor del "Big Mac" en Nueva York, expresado como valor "1"... Igual ésta no es la única vinculación que he tenido en mi vida con la papa. Pero de eso ahora no te voy a hablar.

Capítulo VII

REGALO DE REYES

Estamos con Nicolás almorzando en un carrito de la costanera sur. Es sábado y lo invité a deleitarnos con unos riquísimos choripanes al paso. Estamos hablando de trabajar antes de terminar la carrera y he empezado a contarle sobre mi primer trabajo cuando aún no me había recibido.

-No, no fue un regalo de Reyes –le digo-, cuando pude incorporarme a trabajar con el Ingeniero Cercós en el laboratorio de Microbiología que él dirigía, en el Centro de Investigaciones Agrícolas del Ministerio de Agricultura en el Parque Leloir (su laboratorio e instalaciones anexas ocupaban parte del edificio que fuera la casa principal de la estancia “Tuyú” de la familia Leloir). En ese momento me pareció que, por fin, comenzaba verdaderamente a trabajar como ingeniero agrónomo, pese a que me faltaban rendir algunas materias para obtener el título.

-Bueno, estimado Carlos –me dijo Cercós-, usted sabe que acá el principal objetivo es la búsqueda de nuevos antibióticos; sus compañeros le enseñarán cuál será su tarea.

Nicolás me escucha con atención y a mí me gusta contarle mis experiencias:

-Al principio resultó muy simple: incorporar pequeñas muestras de suelo en Cajas de Petri conteniendo agar papa glucosado, para favorecer el desarrollo de actinomicetes contenidos en esas partículas de tierra. Una vez desarrollada alguna colonia, repicaba una pizca de la misma en un tubo de ensayo conteniendo el mismo medio de cultivo, para que se desarrollara en forma aislada. “Vos no sabés, Nico, la sorpresa que sufrí cuando abrí por primera vez cajas de Petri con colonias desarrolladas de actinomicetes despedían un olor a tierra mojada, ese olor característico que sentís en el campo apenas comienza a llover. Y así, durante meses, me ví envuelto

con ese perfume de tierra mojada ¡Qué aroma maravilloso!. Bueno, pero mi trabajo consistía en sembrar de cada colonia en otra caja en que habían sido sembrados dos ó tres especies de hongos fitopatógenos y observar si la colonia de actinomicetes impedía su crecimiento. De esta manera se probaban sus aptitudes antifúngicas, porque el objetivo que perseguía el trabajo del Ingeniero Cercós era obtener antibióticos antifúngicos. Ya había logrado uno, pero de una bacteria, el *Bacillus subtilis*.

Pero mi tarea no terminaba ahí. Otra fue llevar a cabo ensayos con antibióticos antifúngicos ya existentes para probar su capacidad de combatir a la “caries del trigo”, una enfermedad que afecta a los granos de ese cereal y que perjudica la calidad de las harinas que se obtiene de ellos.

Habíamos constituido un entrañable grupo de amigos con los otros colaboradores porque además de la labor de laboratorio Cercós contaba con una planta de seis tanques fermentadores. Allí se producían las bacterias, hongos y otros microorganismos. Era una verdadera planta experimental de fermentación industrial, denominación que, con el avance de la ingeniería genética, hoy se denomina biotecnología industrial.

-O sea, abuelo, las cosas existen antes que los nombres que las popularizan...- observa mi nieto.

-Así es, querido, inventar se inventa poco, es difícil, pero copiar, repetir, es facilísimo. Por eso, cuando estás en medio de un grupo de investigadores y técnicos dedicados a su trabajo y cuentan con un jefe inteligente, se avanza rápidamente. Y por eso los compañeros de trabajo a veces nos reuníamos a horas de la media mañana para celebrar una suerte de charla técnica que alguno de nosotros exponía acerca de un trabajo que había leído. Esas reuniones, que era una suerte de “simposium” sobre un tema determinado, nosotros la habíamos rebautizado como “mateosium”, ya que los mates amargos cebados eran un acompañamiento esencial..

-Mirá –le digo a mi nieto mientras le alcanzo un bol con chimichurri -, fui un ser muy afortunado por haber tenido la oportunidad de trabajar junto a Cercós. Porque coincidían en él dos rasgos esenciales: una inteligencia sagaz y una habilidad manual destacada. Así fue como prácticamente él con algunos que le ayudaron construyó la planta de fermentadores experimentales. Si no me acuerdo bien (me falta una fotografía) eran 6 tanques de unos 100 litros. Aparte tenía una bandeja agitadora donde colocaba los erlenmeyers donde se multiplicaba el inóculo destinado a esos tanques. Inclusive me contaron que un oportunidad utilizó uno de los tanques para producir “chucrut” que no es otra cosa que repollo sometido en un tanque a cierta presión y dando lugar a que se produzca en su seno una fermentación láctica, que “cocina” el repollo, le da ese sabor particular y asegura su conservación por largo rato.

Mi nieto me devuelve el bol con chimichurri y muerde el choripán. Pasa velozmente por mi cabeza una inesperada reflexión: “¿tiene algún sentido recordar esos lejanos momentos de mi vida? ¿Servirán de algo a mi nieto o a quien tenga la paciencia de escucharlos, porque seguramente volveré a repetirlos o, lo que es mucho peor, hasta me animaré a escribirlos? La figura del Ingeniero Cercós permanece en mi mente, pero lo que perdura con más fuerza es el reconocimiento de su condición de brillante científico que, naturalmente, se desarrolló en un ambiente en que la agronomía, ese entonces, era considerada como una profesión de menor significancia.

-¿Y seguiste mucho tiempo trabajando con él? – me interroga mi nieto.

-Menos de lo conveniente. Aparecieron en mí esos síntomas de inquietud, de mi propensión a ser seducido por la novedad de lo desconocido (mejor dicho, de lo poco conocido) pero mejor remunerado, a esa suerte de imposibilidad personal de “hacer una carrera”, de aguantar el tiempo de preparación consecutiva, a ese suerte de anonimato eficaz, productivo, no

tanto en ideas como en realizaciones: me ofrecieron un cargo en una empresa privada, en Laboratorios Lepetit, en su planta de fabricación de antibióticos. Allí debería hacerme cargo de la dirección de la Planta Piloto de fermentación, semejante a la que antes describí que construyera Cercós. Naturalmente, el sueldo no podía ser otro que una remuneración muy superior a la que me pagaban en el INTA, que para esa fecha hacía dos años había sido creado y ya se sufría en su seno restricciones salariales que alentaron todavía más mi decisión.

-Obviamente, abuelo, ahí te quedaste sin tu grupo de amigos, de esos con los que hacías esos “mateosium”.

-¿Sabés, Nico?, diste en el clavo...Ingresé en una empresa industrial de una industria que apenas daba sus primeros pasos, No olvides que la penicilina, el primer antibiótico, fue recién producido industrialmente en los años 40, en la época de la Guerra Mundial, de modo que para esa industria se juntaron técnicos de muy diversas profesiones. Así fue que a mí en Lepetit me tocó compartir la labor con licenciados en química, ingenieros químicos, médicos, veterinarios, inclusive, con un dentista. Por mi parte era el único ingeniero agrónomo. Fue una curiosa amalgama de profesiones diversas. Por supuesto mi trabajo me absorbía todo mi tiempo útil: la planta de fermentación piloto trabajaba todos los días y las 24 horas, de modo que estaba pendiente diría que vivía atado a mi trabajo. Sí, claro, era un trabajo que me gustaba, en que probábamos nuevas cepas y nuevos materiales para elaborar los medios de cultivo para fermentación. Y como sucede en toda empresa privada de fuste, así como incrementaron el plantel así también con la misma rapidez lo redujeron, tocándome a mí caer entre los despedidos. Fue la primera vez que me ocurrió...pero no la única. Ya te contaré

Capítulo VIII

EL INSTITUTO MALBRÁN

Muchas veces ocurren circunstancias casuales, la simple y sencilla circunstancia de ir conduciendo el auto con tu nieto de acompañante y pasás delante del INSTITUTO MALBRÁN. Le explico qué Instituto es éste, en donde se hacen estudios de enfermedades microbianas y, también, se elaboran sueros antiofídicos y vacunas, entre éstas la que fuera la primera verdadera “vacuna”, la que protegía de la viruela negra. Le explico esto en pocas palabras a Nicolás, pero luego agregó:

-Sí, querido, aquí también trabajé yo y fue una circunstancia muy especial. Eran momentos difíciles para mí, me había separado de mi mujer (sí, la madre de tu madre) y bueno, es una historia muy larga porque todos los episodios de mi vida laboral tienen un contenido muy rico y merecen siempre algún comentario y que seguramente te interesará.

-¿Pero abuelo, vos, como ingeniero agrónomo, qué tenías que hacer allí? Era un instituto de medicina-...

-Sí, pero no te olvides que había trabajado como microbiólogo, ya te lo expliqué, ¿no te olvidaste, no?

Mi nieto asiente pero me doy cuenta que no muy convencido de una explicación tan simple; por eso continuo hablando:

-Recordá que había estado empleado en una fábrica de antibióticos y que de alguna manera era más un microbiólogo que un médico de plantas. Estaba más cerca de la salud humana que de la vegetal. Fueron circunstancias, algunas casuales, otras las relaciones personales de mi padre, médico, que había sido compañero del director del Malbrán, el Dr. Ignacio Pirotsky. Bueno, hubo una coincidencia de las necesidades del Instituto que, vivía momentos de expansión, de incorporación de jóvenes profesionales, y muchos de ellos eran becados en centros de investigación de Europa y Norteamérica, como el caso del

Instituto Pasteur de Francia, lugar en que se había especializado el mismo Pirotsky. En esos tiempos, ingresaron jóvenes químicos, médicos y biólogos recién graduados de la Universidad de Buenos Aires. Uno de ellos fue nada menos que César Milstein que, egresado de licenciado en química, fue enviado a la Universidad de Cambridge en Inglaterra para que se perfeccionara y alcanzara el doctorado. Pues, bueno, en esos momentos me incorporé yo al Malbrán, para atender las actividades de producción de vacunas antidiftérica, antitetánica, y anticoquelouche. Por supuesto, la mayoría ingresábamos con contratos temporarios y no en la planta de personal, que estaba cubierta. Pero el entusiasmo con que nos recibía Pirotsky, los buenos contactos que mantenía con instituciones de primer nivel internacional, nos alentaban a pensar que, más tarde o más temprano, ingresaríamos a la planta permanente.

Mi nieto observa un pabellón algo separado del edificio principal y me pregunta:

-¿Abuelo, este edificio más parece una fábrica que un laboratorio? ¿Qué hay acá?

-Acá es donde se producía la vacuna antivariólica. Sabés, la substancia antiviruela se la extrae de la piel de los mismos vacunos. Pero esto es un tema del que te contaré en otro momento.

-¿Y cómo siguió tu trabajo en el Malbrán?

-Mirá, ya te conté que vivía muy alterado por el divorcio con tu abuela. Surgió una posibilidad de hacer una estadía en el Instituto de Salud Pública de Holanda, para interiorizarme de los nuevos procedimientos de fabricación de vacunas, Pirotsky logró que me aceptaran y yo conseguí que mi padre me pagara los gastos de estadía y viaje. Sería una estadía de dos meses en la ciudad de Utrecht. Viajé en barco, de rigurosa tercera clase. Tardó dieciocho días en llegar a Francia, a Le Havre. Me instalé en una pensión en que convivía con

holandeses, un hindú y gentes de otros países que ahora no recuerdo.

-¿Y cómo te arreglaste? Muy fácil: sucede que los holandeses hablaban en inglés y eso me facilitó la comunicación (y de paso me sirvió para practicar intensamente el idioma inglés). Es curioso: la lengua flamenca que hablan los holandeses es muy parecida al alemán, pero como ellos habían sido invadidos y maltratados por lo alemanes no querían emplear su lengua y habían adoptado como lengua de comunicación internacional el idioma inglés... Yo no sé ahora qué fue lo más significativo de mi estadía en Holanda (después, antes de regresar a Buenos Aires, pasé un par de semanas en París, junto a mi madre, instalada en el Quartier Latine). Volví en avión, en un Douglas cuatrimotor a hélice. Fue un viaje algo accidentado porque llegando a Dakar, en África, vi por la ventanilla que uno de los motores no funcionaba y debieron repararlo, por lo que mi viaje se demoró casi un día para aterrizar en Ezeiza.

Detengo el auto en la rotonda delante del Puente Uriburu. Le explico a mi nieto:

-Quiero confiarte algo, este lugar tiene muchas remembranzas para mí. Cuando trabaja en “Lepetit”, el laboratorio farmacéutico, todas las mañanas venía una “Estanciera” que recogía a empleados de la fábrica, para trasladarnos a ella, ubicada en la otra punta de la ciudad, lo que se conocía como Villa Riachuelo, pegada al Autódromo, y a un paso del Puente de la Noria. Es curioso como mi vida laboral, tan variada, me hizo conocer lugares que quizás no hubiera conocido nunca. Y este es tu caso, Nicolás, si no hacíamos este viaje posiblemente nunca hubieras conocido el Puente Uriburu. Por supuesto, no es un lugar importante, pero es bueno que lo conozcas para darte cuenta de la diversidad edilicia de Buenos Aires, reflejo de la variedad de actividades que se supieron llevar a cabo,. Hoy muchos edificios de esos

tiempos de principios del siglo XX ya no existen o le han dado otro destino.

-¿Te fue útil lo que aprendiste en Holanda?- pregunta Nicolás.

-Te voy a confesar la verdad: fue muy poco lo que aprendí, no era un centro de investigaciones sino un lugar de producción de vacunas y sueros, y a mí eso me interesaba poco. Pero el permanecer en un país extraño y comunicándome solo en inglés, hizo que lograra un dominio del inglés que luego me sería extremadamente útil. Lo verás cuando te cuente lo del “Gramoxone”...

-Pero, abuelo, cómo siguió tu trabajo en el Instituto Malbrán?

-Fue un lapso muy breve que siguió a mi regreso. Se había producido un golpe de estado, lo habían destituido al Presidente Frondizi, y el reemplazante, el Doctor Guido, designó nuevos ministros, entre ellos el de Salud Pública. Y lo primero que hizo ese nuevo ministro, apellidado Padilla, fue desplazar al Dr. Pirotsky del Instituto Malbrán. Y con su desplazamiento declararon la cesantía de todos los contratados. Y yo no contaba con quien me apoyara para que me renovaran el contrato. Ese suceso produjo también la emigración de investigadores bien preparados. Uno de ellos fue César Milstein, que se marchó a Inglaterra,—donde continuó trabajando y logró el Premio Nobel.

Capítulo IX

DE BOSQUES DE LENGAY CASTORES

-Me dijeron, abuelo, que parece que los castores están haciendo mucho daño en el bosque de Tierra del Fuego.

Me río y paso mi brazo sobre el hombro de Nicolás.

-No, querido, ¿quién te hizo semejante comentario?

-El tío de Esteban, que es miembro de “Greenpeace” o de otra organización de éstas que quieren proteger el medio ambiente.

Suelto una carcajada y le respondo:

-Nico, primero aprendamos a hablar bien. Todos dicen “medioambiente”, inclusive a nivel oficial hay una Secretaría de Medio Ambiente, y así están cometiendo una barbaridad gramatical, “medio” y “ambiente” son la misma cosa, son sinónimos. Bueno, dejémoslo ahí, que se ocupen los gramáticos. Volviendo al tema de los castores, efectivamente es una especie de Norte de América, que habita los bosques de Canadá, y que introdujeron en la isla con fines de producción peletera, obviamente, en cautiverio. Pero no tardaron mucho en escaparse algunos ejemplares y comenzaron a multiplicarse. ¿Qué daño causan? Ni más ni menos que con sus poderosos dientes hacen unas profundas mordeduras en los troncos de los árboles, carcomen las bases de los troncos y provocan que el árbol se desplome. Y con los árboles derribados forman una suerte de diques que, con las copiosas lluvias se van formando una suerte de lagunas que es el hábitat necesario para que los castores se multipliquen. Qué querés que te diga, es un asunto muy grave. Tan grave que lo observé cuando fui de paseo a Tierra del Fuego hace un par de años atrás. Incluso escribí una carta al diario “La Nación”. Me quedé horrorizado por el desastre que observé. Y claro, conocía muy bien los lengales (porque de esa especie estamos hablando) porque muchos años

antes había llevado a cabo la medición y ordenación forestal de uno de esos bosques en una estancia cercana a Río Grande.

-¿Qué, abuelo, también trabajaste en Tierra del Fuego, midiendo un bosque?

-Sí, sí, Nicolás, la verdad que fue un trabajo muy interesante, un trabajo del que tengo un recuerdo imborrable.

-¿Y cómo fuiste a dar ahí, si vos ni tu familia tenía nada que ver, ni con la isla ni con los bosques?

-Bueno, es una historia larga, pero merece que te la cuente, así comprendés que nuestra profesión es riquísima en matices de trabajos diversos. Fue en el verano de 1963 que me contrataron para hacer la ordenación forestal de un bosque de lenga en Tierra del Fuego, en la estancia “La Rubi”, propiedad de la familia Braun Menéndez. Mi madre conocía a uno de sus administradores, aquí en Buenos Aires, y éste le preguntó si yo podría hacer ese trabajo. Naturalmente yo dije que sí, pedí una licencia en Laboratorios Brandt, donde trabajaba en esos días, no tuvieron inconvenientes y, después de solicitar la ayuda de un colega en el Instituto Forestal Nacional, viajé a Tierra del Fuego y pasé más de un mes trabajando en ese bosque. Llevé como ayudante a un topógrafo amigo, muy aficionado a las tareas arqueológicas, a punto tal que fue el que unos años antes, en una mensura en Santa Cruz había descubierto la “Cueva de las Manos”. Te hablo de Carlos Gradín que fue para mí excelente compañero de trabajo.

-¿Y qué es eso de la “ordenación forestal”?

-¿Sabés? Para que el Instituto Forestal Nacional -que lo designaban con la sigla IFONA- te autorizara a talar árboles de lenga, primero tenías que hacer un inventario del bosque y en base a la existencia de los árboles del bosque hacer un Plan de Talas. Mirá -le digo a Nicolás mientras le alcanzo un ejemplar de la “Revista Forestal Argentina” donde publicara un informe de ese trabajo-, así vas a entender mejor lo que te estoy explicando. Ah, una copia del Informe Oficial lo doné al Museo

Municipal de Ushuaia, tiempo después de esa visita que hice a la isla.

Nicolás toma en sus manos y lee mi carta que publicara “La Nación”. Me mira y, entre sorprendido y enojado me dice:

-Abuelo, me parece que te pasaste. Hablás de liquidar a los castores y empleás la expresión “manu militari” que supongo equivale a “matar los castores los tiros”. ¿No te parece que así no vas a conseguir nada?. La vez pasada Esteban me contó que su tío participó en una manifestación en los Esteros del Iberá en Corrientes, para proteger la fauna, y a vos no se te ocurre mejor propuesta que matar a los castores...

-Bueno, bueno, querido nietito- le respondo riéndome, y sigo hablando:

-No seamos ingenuos. Una cosa es la fauna autóctona, que la que defienden allá en el Iberá, y otra muy distinta hacerlo con una fauna introducida que causa desmanes incontrolables sobre la flora nativa, en este caso el bosque de lenga. Sí, es cierto, hoy vas de visita a Tierra del Fuego y te sorprenden gratamente los supuestamente hermosos diques y sus estanques que construyen con energía los castores. Pero gozando con los paseos, con este paisaje artificial que va dominando el terreno boscoso, no nos damos cuenta que en una década o dos, a más tardar, en lugar de pasear por un bosque de lenga veremos algunos aislados árboles sobrevivientes y un paisaje cespitoso, sin rastros que en esos terrenos había un bosque de verdad. ¿Qué ha pasado?- agregó – cuando hice el inventario forestal pude dividir el bosque en “rodales”, cada uno constituido con plantas de edad parecida, unos más viejos, otros más jóvenes: eran el resultado de renovales que se habían producido en épocas distintas. ¿Y por qué? Porque siempre hubo incendios en los bosque, que destruían todos los árboles. Pero enseguida se producía la germinación de semillas y se formaban verdaderas almácigas de plantitas de lenga. Eso también tuve oportunidad de estudiarlos en un trabajo que hice

en terrenos de un bosque incendiado sobre el Lago Nahuel Huapi. Fue otra de mis oportunidades de trabajar en la Patagonia, pero ya te hablaré de ello en otro momento. Ahora lo que cuenta –Nicolás sigue atentamente mi relato–, es que el mayor daño que causan los castores no es tanto que desplomen árboles adultos y construyan diques artificiales. Como te dije antes hasta quizás aumente el atractivo turístico. Pero seguramente no tardará mucho tiempo en que los bosques fueguinos sean un recuerdo. Y es ahí cuando los ambientalistas se equivocan, cuando no perciben a la naturaleza en su conjunto. Parece mentira que cada tanto, en oportunidades como el de esta charla contigo, tenga que recordar que estoy enamorado de una canción que compusieron “Los Auténticos Decadentes” que se llama “Algo Hay Que Comer” que en uno de sus párrafos dice “porque los tomates también tienen sentimientos...” O sea, hay que preocuparse por el paisaje todo. Quizás sí, tenés razón, no es bueno hablar de “manu militari”, pero a lo mejor si introdujéramos los osos del Canadá, que son los enemigos naturales que en sus bosques tienen a raya a los castores, pusiéramos un freno a esta plaga, hoy incontrolable en Tierra del Fuego. Tal vez serviría que introdujeran –con el debido cuidado–, alguna plaga o enfermedad que limite la procreación de los castores. Lo que sí estoy convencido, y sería bueno que se lo comentas a Esteban, para que le diga a su tío, que no el exterminio pero sí el control de los castores en nuestros lengales lo lleven adelante organizaciones ambientalistas que obren con inteligencia, por encima de prejuicios y suspicacias que perjudican el medio (o “ambiente”) que dicen proteger.

Capítulo X

MARCEL PROUST Y LA AGRONOMÍA

Estamos en “Güerrin”. Sentados a una mesa, en el fondo del salón, aguardando Marcos y yo que nos traigan una chica de muzzarella y sendos balones de cerveza. Marcos se acomoda en su silla y me dice:

-Carlos, ¿sabés que no te entiendo? Todavía seguís leyendo a Proust y su tiempo perdido. Me parece que ahora sos vos el que está perdiendo el tiempo.

-No creo que haya otro escritor de tan difícil lectura como Marcel Proust. Y soy testigo de ello: estoy concluyendo la lectura de su “búsqueda del tiempo perdido” por tercera vez y siempre descubro nuevos sucesos o concepciones del autor que en mis lecturas previas no había observado. En cierto modo, confirma mi opinión que la lectura no es una tarea pasiva, sino mucho más creativa que las que muchos ni sospechan- le digo a Marcos mientras cortamos sendos trozos de pizza que en esos instantes nos ha servido el mozo.

-¿Pero vos te pensás que una nueva lectura de un libro puede cambiar lo substancial de su contenido? – me responde Marcos mientras da un primer sorbo al balón de cerveza

-En lo substancial quizás tengas razón .pero me ha ocurrido un episodio que confirma la capacidad recreativa que involucra una relectura. En esta oportunidad que relato la sorpresa superó los límites de lo concebible y es una prueba irrefutable de algo que ningún crítico ha reparado que, súbitamente, ¡Marcel Proust opina de agronomía!!! Quedé tan sorprendido (y ojo, es la tercera vez que leo el libro), pero reflexioné y veo que coincide con circunstancias muy particulares que estoy viviendo en esto días:, escribiendo, construyendo, lo que será una suerte de anecdotario de mi labor de agrónomo. Te leo a continuación el párrafo de referencia:

“Desplazando el centro, el no de gravedad por lo menos de perspectiva de su rostro, componiendo los rasgos alrededor de él de acuerdo a otro carácter, empezaban a los cincuenta años una nueva especie de belleza, como se adquiere un nuevo oficio tardíamente o como a una tierra que ya nada vale para la viña se le hace producir remolachas.”

(“El tiempo recobrado” – pág 245-Pluma y Papel Ediciones.- Bs.As., 1999)

-Bueno- sigo hablando apenas concluyo de engullir mi primer trozo de pizza -, retornemos al párrafo marcado y observen el comentario que me sugiere el propuesto pasaje de la viña a las remolachas. El primer concepto que me viene a la mente es la situación crítica que se viviera en la viticultura europea a finales del siglo XIX por lo daños que causaba un insecto, un pulgón, denominado “*Phylloxera*”, alcanzando la destrucción de gran superficie de viñedos y obligando a injertar las variedades vónicas en una especie conocida como “vid americana” o “uva chinche” resistente al pulgón. Obviamente en el interín, dado que ese cambio llevaría algunas temporadas, el agricultor sembraría remolachas, una especie anual, y cuyas raíces se emplean para extraer azúcar. Y otra reflexión que complementa la anterior es por qué no se planta remolacha azucarera en la Argentina, teniendo tierras tan favorables para ese cultivo. Por una simple razón: la cerrada oposición de los ingenios y cañeros del Norte, que ven en la remolacha un competidor que arruinaría sus economías. Saben muy bien –y es Europa Central suficiente fuente de comparación-, con qué facilidad se podría producir ese cultivo y extraer azúcar en la región pampeana, en Entre Ríos, en la Patagonia...

-Bueno –dice Marcos- esta vez tengo que reconocer que tu observación es correcta. Sería bueno que los proustianos profesionales-los verdaderos, no un lector aficionado como vos-, se pusieran a estudiar este asunto y descubrir cómo Proust

pudo dar una opinión técnica, ajena a la literatura y menos que menos a su condición de poeta antes que narrador.

Capítulo XI

ROLF SINGER – DE AGRONOMO A BIÓLOGO

¿Te conté alguna vez, Nico, de Rolf Singer? ¡Qué personaje! Cuando pienso que tuvimos acá, en Buenos Aires, en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales un botánico de su talla, se me llena el alma de tristeza. ¿Cómo pudieron dejarlo ir? ¿Cómo a ninguno de los hombres que desplazaron a Fernández Long del rectorado de la UBA, a Rolando García de la FSEN, se les ocurrió que se perdía una figura científica tan relevante? Para mí, esos pocos años que trabajé a su lado, de 1962 a 1966, fueron momentos de gran satisfacción, pese a que mi labor era solo la de sostener el laboratorio de microbiología de suelos que era una parte, la menos significativa, del trabajo de Singer.

-¿Y qué te acordás de ese tiempo?

-Tengo registrados como momentos trascendentes cuando lo acompañé a él y a Jorge Morello a hacer trabajos de ecología en los bosques de *Nothofagus* en la Precordillera Patagónica.

Nicolás me mira con atención. A veces me parece que para él soy una especie de súper héroe agronómico, algo así como un “Avispón verde” argentino.

-Viajé con ellos en tres oportunidades –le sigo diciendo-. Parábamos en “Inacayal”, en Villa la Angostura. Por supuesto, íbamos en otoño, cuando la flora fúngica adquiere máxima presencia de sus frutos, los carpóforos. Mirábamos con atención, en superficies marcadas, la población de carpóforos, algunos conocidos e identificados por Singer, otros no conocidos por él que había que poner a secar para luego identificarlos en el gabinete de la Facultad, a nuestro regreso a Buenos Aires. En uno de esos viajes en lancha en el Nahuel Huapí llegamos hasta el Brazo de la Tristeza, y desembarcamos en una ladera que, pocos meses antes, se había incendiado por

completo. Eran bosques de cohiue, lenga y ñire. Se observaban sobre el terreno algunos pocos troncos incendiados y un manto verde, suerte de almácigo donde crecían plantitas de esos *Nothofagus*, un verdadero renoval boscoso. Allí tomé muestras de suelo para identificar cuáles eran los hongos que sobrevivían, pues al estar incendiados los árboles sus hongos consociados con sus raíces, las micorrizas, seguramente habían perecido y eran reemplazados por una flora diferente. Ese sería mi trabajo que concluí tiempo después en la publicación que presenté en el Congreso de Biología del Suelo, que se reunió en Bahía Blanca en 1965.

-Abuelo, ¿y qué importancia tienen los hongos del suelo?

-Bueno, eso varía mucho según sea la vegetación que se trate. Pero, en general, en todos los bosque naturales la población fúngica es significativa, porque sus células, su micelio, se asocian en las raíces y facilitan la absorción de nitrógeno atmosférico y también la recuperación de fósforo y demás nutrientes. Ha pasado mucho tiempo, seguramente hoy los conocimientos han avanzado muchísimo, pero en esos días me tocó efectuar un ensayo muy interesante que, lamentablemente, la brutal estupidez de los militares que derribaron el gobierno del Dr. Illía, impidieron que pudiera darlo a conocer.

-¡No me digas eso, abuelo!- interrumpe mi nieto, entre sorprendido y furioso.

-Sí, Nicolás, lo que te voy a contar ocurrió en el laboratorio, y es fiel reflejo de fenómenos que suceden acá en la ciudad. ¿No observaste las plantas que crecen en los techos de las casas, incluso sobre las paredes? Pues bien: ¿de dónde sacan los nutrientes si no están sobre la tierra, sobre el suelo? Pues yo había aislado, de las muestras extraídas en el Brazo de la Tristeza, una gran cantidad de especies de hongos del suelo y los mantenía y reproducía en el laboratorio de la Facultad (no

en su sede central, sino en el “Instituto Hall”, un anexo que está vecino a la Plaza de Villa Devoto). Singer me apoyaba en mi trabajo y me alentó a que probara si esos hongos tenían propiedades micorríticas con las plantas pioneras, las que te mencioné crecen en los techos, sin contacto alguno con tierra. Recuerdo que pedí consejo al Ingeniero Alberto Soriano para que me indicara una de esas especies “pioneras” y él me recomendó que probara con el “palán-palán” (*Nicotiana glauca*). ¿Qué prueba hice yo? Sembré semillas de palán-palán en un tubo de ensayo con un medio de cultivo exento de nitrógeno, y en uno de esos tubos agregué trocitos de una de esos hongos –no recuerdo ahora qué especie, creo que era una del género *Mortierella*– para ver qué efecto producía en la plantita que ya había nacido.

-¿Y? – pregunta mi nieto esperando que le contara el resultado de mi experimento.

-¿Qué pasó? ¿Qué querés saber? Pues, querido, era el año 1966 y pasó algo muy pero muy lamentable. A los pocos días de haber hecho la siembra que te comenté se produjo la escandalosa intervención de la Universidad y de la Facultad de Ciencias donde yo estaba contratado. Al conocer la novedad una buena parte de alumnos y docentes se propuso resistir esa medida, intervino la policía y con gran dureza se llevó presos a esos que resistían. Ese desgraciado suceso quedó bautizado como *La Noche de los bastones largos*. Ni mi mujer, geóloga y docente, ni yo, participamos del acto de protesta y nos retiramos de la Facultad unos momentos antes que entrara la policía. Al otro día, cuando regresé a la facultad, me informaron que, por mis antecedentes políticos, me habían anulado el contrato y que debía proceder a retirar sin demora mis elementos personales. Claro, buena parte del trabajo lo realizaba en el “Instituto Hall” y hacia allí me dirigí para retirar mis petates. Obviamente, me acerqué a ver qué estaba pasando con el ensayo que te expliqué antes: para mi sorpresa o, mejor

dicho, para mi certidumbre, observé que la plantita que tenía el hongo inoculado en el medio de cultivo crecía velozmente, en tanto la otra, sin hongos, apenas sobrevivía. ¡Mi experimento había sido un éxito! Y ahí quedaron los dos tubos de ensayos con sus plantitas, y ahí quedo concluida mi labor de micólogo experimental, mi vida de científico.

-Pero abuelo, no me digas que así terminó eso ¡Qué vergüenza!

-Sí, Nicolás, fue una vergüenza. Y debo agregar que, a raíz de mi trabajo presentado en el Congreso de Bahía Blanca, poco tiempo después recibí una oferta desde Brasil para que me hiciera cargo del Laboratorio de Micología de Suelos en la Universidad de Recife, pero ni mi mujer ni yo queríamos irnos del país, y así fue que terminó la historia y vinieron los tiempos en que me tocó trabajar como agrónomo. Mira vos, un episodio desgraciado como el que te conté fue el que desencadenara mi vuelta a la agronomía, la carrera a la que verdaderamente quería entregarme.

Capítulo XII

MIDIENDO CAMPOS

-Esta es una historia de una etapa de mi vida que, curiosamente, me obligó a andar por parte del territorio bonaerense, digamos de Este a Oeste, recorriendo campos de un único dueño que, naturalmente, podría definírsele con toda naturalidad como un auténtico terrateniente.

-¿Qué sucedió, abuelo?

-Que buena parte de esos campos estaban, hasta unos meses antes de que yo me ocupara de medirlos y confeccionar sus planos de explotación, en manos de colonos que gozaban de la prórroga indefinida de los contratos de arrendamiento. Pues bien, asumido el gobierno militar de Onganía, se descongeló esa situación y muchos de esos campos arrendados fueron recuperados por sus dueños.

Coincidente con esas circunstancias yo me había quedado sin trabajo, pero esa es otra historia. En pocas palabras, salí a buscar cómo ganarme la vida y un conocido, importante corredor de la Bolsa de Cereales, me contactó con el terrateniente de mentas que, para poder reordenar sus producciones, necesitaba que algún agrimensor le hiciera los planos de explotación de sus varios establecimientos repartidos a lo largo de la Ruta 5, en la Provincia de Buenos Aires. Por mi parte estaba en contacto con un profesor de suelos quien me sugirió propusiera no solo los planos de explotación sino que agregáramos un mapa de los suelos. Y con esa propuesta partí en tren a Chivilcoy, donde vivía el dueño de esos campos. Me recibió y complacido aceptó mi propuesta, incluyendo el mapa.

-Mirá –le digo a mi nieto, que sigue entretenido mirando por la ventanilla del auto los animales que pastan y desfiguran con su presencia la latitud infinita de las pampas-, de regreso en Buenos Aires me dirigí al INTA para adquirir las fotografías aéreas que incluyeran sus fracciones de campo

porque, como no se trataba de una mensura exacta, las fotografías me servirían para cotejar algunas líneas de base en el terreno y así podría confeccionar la ubicación y medidas aproximadas de cada uno de los potreros en cada establecimiento. Por otra parte para hacer el estudio de suelos se lo comuniqué al profesor pero éste se excusó en colaborar conmigo y de pronto me vi obligado a ocuparme yo solo del mapa de suelos. Para eso me enganché unos días en el trabajo de campo que estaba efectuando un equipo del INTA, continuando la labor de confección de los Mapas de Suelos, y aprendí lo esencial para hacer observaciones en las capas superficiales de suelo, con una sonda y algunas pocas determinaciones químicas. Entretanto acordé con un topógrafo amigo que me acompañara en la labor de mensura, y no tardamos mucho en iniciar el trabajo. Te reitero, Nicoñás: no se trataba de hacer mensuras exactas sino aproximadas, precisando en lo que sería el plano de cada uno de los potreros que existían en cada uno de los campos del estanciero. Fue un trabajo que nos llevó más de seis meses, viajando en un sufrido “Chevrolet 46” que nos aguantó sin mayores dificultades. Prácticamente salíamos de casa los lunes y regresábamos los jueves. Mi amigo, el topógrafo, se encargaba de ir dibujando los planos parcelarios y yo dibujaba los contornos de los distintos tipos de suelo que se podían definir. Casi a finales de ese año concluimos el trabajo y le entregamos la colección completa de los planos a nuestro contratante.

-¿Te pagó?

-Sí, por supuesto, nos pagó sin pestañear. Quedó muy conforme. Y yo, Nico, tengo un recuerdo espléndido de esos muchos días de campo, de los kilómetros y kilómetros recorridos, cinta de mensura en mano -esas cintas metálicas de 50 metros-, que nos permitían cotejar con las líneas que nos mostraban las fotografías aéreas y determinar así la superficie de cada potrero.

Llegamos al Automóvil Club de Chascomús. Nico y yo nos metemos en el bar, él para tomar una gaseosa, yo, un café. Su madre nos espera en Necochea y en este día tórrido de verano los coches sufren fuertes síntomas de calentura. Conviene detenernos unos minutos y, de paso, recargar nuestros estómagos.

-De todo este largo trabajo te tengo que contar lo más curioso e inesperado. Sucede que en una de las estancias había un potrero de una figura particular, un triángulo con un cateto curvo. Era una fracción que había comprado a la estancia vecina porque uno de los lados del cateto era la Ruta 5, pavimentada; otro, el camino de tierra de deslinde con esa otra estancia; y el tercero, un ramal del ferrocarril que salía de la estación anterior y doblaba hacia el Sur, curva que llevaba a ese ramal a 90° de la vía principal que atravesaba la estancia de nuestro contratante. ¿Qué sucedió? Que en nuestra mensura – naturalmente sin la precisión de una mensura oficial-, ese lote nos dio unas 184 hectáreas de superficie. Pero sucedió que nuestro cliente, un par de años antes, la había adquirido y pagado con 22 hectáreas más. ¿Qué había pasado? Que el agrimensor que había hecho la medida y fundado la escritura correspondiente se había equivocado. Nuestro cliente reclamó y tengo entendido que le reconocieron el error y le pagaron la diferencia. Y esa diferencia fue suficiente para pagar nuestro trabajo, que no le costó ni un peso...

Unos meses más tarde me llamó para que le hiciera lo mismo en la estancia de un amigo pero yo ya no podía, porque había entrado a trabajar en una empresa de agroquímicos. ¿Te hablé alguna vez del “Gramoxone”? Ya te voy a contar...

Capítulo XIII

EL GRAMOXONE

-Marcos, te voy a contar algo que te va a divertir y a corroborar que soy un verdadero “Carlitos”.

-¿Y ahora qué te pasó? –se ríe mi amigo mientras se acomoda en la silla.

-La historia tiene que ver con mi ingreso a Duperial, la compañía química inglesa.

Marcos me mira y le cuento:

-Resulta que cuando me hace la entrevista el Jefe de Personal, me pregunta: ¿Usted sabe qué es el “Gramoxone”, ¿no?

Yo había sido pre seleccionado entre los postulantes para un puesto en el “equipo de desarrollo de agroquímicos”.

-Sí, por supuesto- le respondí con gesto afirmativo, sin tener la menor idea de qué significaba esa palabra.

-La empresa tienen previsto un gran esfuerzo en el desarrollo de este herbicida aquí en Argentina.

-Ahh –agregué con ahora una idea algo más precisa del tema en que me iba a ver involucrado- por supuesto, con la importancia que tiene nuestro país como productor agrícola...

Un rato más tarde, luego de un intercambio de comentarios que me hizo el funcionario acerca de las características de la empresa, de las condiciones laborales, concluyó la entrevista con estas palabras:

-Me parece que usted, ingeniero, reúne las condiciones para incorporarse al equipo, pero eso lo decidirán los funcionarios británicos que estarán aquí en la semana entrante. Obviamente, usted en su nota dice que “lee y habla inglés” y por eso mismo ellos hablarán con usted y tomarán la decisión de si lo integran o no. Por mi parte no tengo más nada que agregar. Mi secretaria le avisará el día y hora de la entrevista.

Me despedí del Jefe de Personal y me marché contento de que la reunión hubiera sido favorable. Ahora debía averiguar más acerca de la palabra “Gramoxone”, que sería la clave de mi posible conchabo.

-Pero decime, “Carlitos”, ¿cómo te enteraste del aviso?
-Me interroga Marcos.

-De casualidad. Trascurrían los primeros días del año 1968 y había concluido la medición de campos. Era, simplemente, un desocupado. Justamente los primeros días del año no son lo más propicios para buscar trabajo: es el período de vacaciones, con mucha gente fuera de Buenos Aires, vos sabés. En uno de esos días, tomando un café en casa de unos amigos, comenté a los presentes que buscaba empleo y uno de ellos me dijo: “Fijate, en el diario “La Prensa” del domingo vi un aviso en el que pedían un ingeniero agrónomo”. Ni lerdo ni perezoso, a la mañana siguiente, conseguí el diario y lo leí. Se solicitaba un ingeniero agrónomo para llevar a cabo ensayos experimentales a campo. Pedían también “con conocimiento de inglés”. Me apresuré entonces a mandar una carta a la Casilla de Correos. No transcurrió más de una semana cuando tuve una llamada telefónica: me convocaban a una entrevista en la empresa Duperial.

- ¿Y vos, Carlos, realmente sabías inglés?

-Mirá, aparte de lo que estudié en el secundario, en que por suerte tuve un buen profesor de inglés, unos años antes pasé becado un par de meses en Holanda, donde me comunicaba exclusivamente en inglés y pude practicarlo intensamente. Por supuesto, no el inglés de Eaton o Cambridge, pero sí lo bastante para entender y hacerme entender. Y de lectura, no leí mucha literatura pero sí textos técnicos, inclusive traduje parte de un libro de texto importante: la “Fisiología Vegetal” de Meyer y Anderson.

-Mirá, vos... ¿Y qué pasó después?

-Una semana más tarde me llamó la secretaria del Jefe de Personal para confirmarme la fecha y hora de la entrevista con los ingleses. Desde el momento del llamado hasta la entrevista tenía tres días para prepararme y, obviamente, interiorizarme sobre qué era ese “Gramoxone”. Y son circunstancias como éstas las que te ponen a prueba, amigo, porque yo sabía cómo y dónde informarme acerca del producto que seguramente definiría mi futuro. Te explico –y Marcos presta su atención a mis palabras-, como vos bien sabés, yo había trabajado en el INTA, en el Instituto Malbrán y en la Facultad de Ciencias Naturales, así que sabía muy bien cómo informarme. Un par de horas después que recibiera la llamada, marché a mi Facultad, y me dirigí a su biblioteca. Allí solicité consultar el “Biological Abstracts” que, como su nombre lo indica, es un compendio de sumarios de artículos tecnológicos y científicos, lógicamente, vinculados a la biología. Consulté ejemplares de un año antes y busqué en el sumario la mítica palabra. Inmediatamente encontré varias citas, y pude seleccionar un par de trabajos publicados que se extendían sobre investigaciones efectuadas con ese herbicida y que hablaban de las posibilidades de su empleo como desecante para facilitar la cosecha de algunos cultivos y, también, para controlar en los campos cosechados los “rastros”, las malezas emergentes, y así eliminar la roturar el suelo...

-Sí, sí, claro. El comienzo de la “siembra directa” – interrumpe Marcos ansioso por saber el resto de la historia.

-Por supuesto, que te voy a contar a vos.... Lo cierto es que me informé ampliamente acerca del herbicida que motivara la contratación de un nuevo técnico. Por supuesto, la empresa británica que en Argentina se presentaba como “Duperial” era la muy conocida Imperial Chemical Industries que, entre otros productos, fue la que descubrió las propiedades insecticidas del hexaclorociclohexano, popularizado comercialmente como “Gammehexane”, que tanto se usara en la lucha contra la

langosta y la vinchuca. El día de la entrevista me recibió el Jefe de Personal quien me condujo a una sala donde me aguardaban los ingleses. Eran tres hombres: uno mayor (me lo presentaron como Gerente de Desarrollo para las Américas); el segundo, un hombre gordo y rubicundo, adecuado actor de alguna película inglesa de tono humorístico (responsable para América Latina) y el tercero, un muchacho algo más joven que yo, quien se haría cargo de las tareas en Argentina. Me saludaron con mucha cortesía y a partir de un “please, sit down” toda la entrevista se desarrolló en inglés. Naturalmente la primera pregunta fue: “Do you know what’s Gramoxone?” y a partir de ahí me explayé ampliamente acerca del herbicida, como si fuera un producto que conociera profundamente: la lectura del día anterior me dio los elementos necesarios para tratar el tema y me facilitó mantener el diálogo. Felizmente tuve éxito, y se lo atribuyo en gran medida a la visita previa a la Biblioteca de la Facultad que sirvió para que mis entrevistadores quedaran impresionados por mi “dominio” del idioma inglés...

Cuando concluyó la entrevista, los ingleses me saludaron con sonrisas afectuosas y sentí en ese momento que había sido aprobado y elegido para el cargo. Efectivamente, dos días después el Jefe de Personal me informó que acordaron contratarme y que debía incorporarme a “Duperial” en pocos días, que me llamarían la víspera, por lo que me pidieron que estuviera disponible para ese momento. Podés imaginarte cuál fue mi alegría, la alegría que compartí con toda la familia. Y un detalle que en esos días era sumamente importante (seguramente lo seguirá siendo hoy): me entregarían para mi trabajo y para mi uso personal una camioneta Ford F-100 nueva, 0 Km.

-¿La que yo te conocí? -dice Marcos recordando la mítica Ford beige de mis tiempos jóvenes.

-Sí, esa. La misma en la que viajamos tantas veces.

-¿Te la dieron ni bien entraste?

-La mañana que ingresé a la empresa y llegué a mi oficina me dice un colega: “Vamos, te acompaño a la agencia Ford a retirar la pick-up”. No puedo contarte, amigo, la sorpresa. Fuimos a la concesionaria y allí estaba estacionada una nueva F-100 color “beige” que tenía un motor de 8 cilindros, el famoso motor V-8, un devorador de naftas y con una ruidosa señal de funcionamiento. ¿Qué te parece este comienzo de trabajo? Mi satisfacción era que lo había logrado gracias a mis condiciones profesionales y sin recomendación ni apoyo alguno. Estaba preparado, Marcos, mi experiencia en el ámbito tecnológico y científico daba sus frutos.

Capítulo XIV

INTERSIEMBRA EN EL SALADO

Estamos en estos momentos viajando con Nicolás rumbo a General Belgrano, a la casa de Carlos Salvini, mi amigo veterinario, con quien nos conocemos de los años estudiantiles. Me invitó para que asista a su cumpleaños. Todos los años lo festeja, el último sábado de septiembre, como fecha mística. “Mirá -me dijo un día-, más que la fecha lo que me interesa es encontrarme con los amigos y el cumple es una buena excusa”. Carlos vivió siempre en General Belgrano y ahí trabajaba, atendiendo la hacienda de una estancia importante, en el paraje “La Chumbeada”. Le voy contando a mi nieto que yo también trabajé en esta zona.

Nicolás mira por la ventanilla y desde el panorama que observa, la ruta 41, ya dejamos atrás a Monte, noto un gesto de preocupación en su semblante.

-Pero, abuelo, estos campos son malísimos. Parece que lo único que pueden sobrevivir aquí son vacas, ovejas, pero no veo que tenga algo que hacer un ingeniero agrónomo como vos. Es tierra para veterinarios como tu amigo y yo, ya te dije, abuelo, que no quiero ser veterinario. ¿Qué miércoles viniste a hacer acá?

-Pues precisamente, a hacer algo de agricultura, bueno, a implantar praderas que mejoren la productividad de estas tierras. En otras palabras, empleando una definición antiquísima “a cultivar el suelo”, pero empleando las nuevas tecnologías disponibles a partir del descubrimiento de una familia de nuevos herbicidas, los bipiridilos, uno de los cuales tenía como nombre comercial el que ya escuchaste, “Gramoxone”.

-¿Y cómo podías trabajar ahí en el campo residiendo en Buenos Aires, porque no te trasladaron, no?

-¡Noo, claro!- le respondo con una amplia sonrisa-. Sí, mantenía mi residencia en Buenos Aires y viajaba en una F-100 que la compañía me había dado. ¡Qué camioneta potente!

-¿Y por qué te dieron una camioneta potente? Debía consumir nafta a lo loco – contesta Nicolás.

-Sí, por supuesto, pero había una razón que lo justificaba: la camioneta sería empleada con equipo pulverizador sobre los campos donde se harían los experimentos de implantar pasturas. Así fue que unos días después instalaron sobre la caja de la camioneta un compresor y un tanque para pulverizar los lotes con el herbicida “Gramoxone”. Naturalmente, para hacer la pulverización se adaptaba una barra con picos pulverizadores montada en el paragolpes trasero.

-¿Y en qué consistían esos ensayos, abuelo?

-Pues precisamente facilitar la instalación de pasturas más productivas en estos campos de pastizales naturales, pero enclenques y poco productivos. Esto, que ahora se conoce como “siembra directa” y que en ese entonces se denominaba “intersiembra”, había despertado mucho interés entre los estancieros de esa zona de campos deprimidos y pobres. Fijate el interés que había en esta técnica que algunos estancieros habían comprado unas sembradoras especiales para ese propósito. Se trataba de sembrar sin dar vuelta la tierra, porque eran suelos muy gredosos, imposibles de roturar, siquiera superficialmente, no hablemos de arar con un arado de vertedera. Y claro, pensaban sembrar sin emplear herbicidas porque la vegetación era muy pobre y rala e imaginaban que apenas sembrado la forrajera se establecería y cubriría rápidamente el suelo, brindando un tapiz vegetal apropiado para el pastoreo de vacunos y ovinos. Pero la mayoría de esas sembradoras, que abrían los surcos con una finas zapatas, no pudieron emplearse precisamente porque subestimaron la competencia de la vegetación natural presente y, en los pocos

intentos realizados de intersiembra, habían fracasado y encontrabas las máquinas ahí abandonadas, más como soportes para gallos y gallinas que se criaban cerca de la casa del puestero. ¿Qué pasaba? Que no contaban con un herbicida que controlara las gramíneas, el pobre tapiz vegetal que cubría esos suelos pobretones, alcalino, salinos. Y ahí fue donde desembarcamos con el “Gramoxone”, esa palabra mágica que me brindó el ingreso en “Duperial”. Y fue ese mismo año en ese otoño, que sembré tres ensayos en tres lugares de la Cuenca del Salado, uno cerca de General Belgrano, adonde ahora estamos yendo, otro en Maipú y un tercero en una estancia en Coronel Vidal, una estancia inmensa de cerca de 20.000 hectáreas llamada “Breland”.

-¿Y cómo siguió el trabajo, los ensayos qué resultados dieron? -Pregunta mi nieto.

-¡Buena pregunta me hacés, eh! Los ensayos eran bastante complicados de ejecutar. Teníamos que armar parcelas de unos 20 metros de largo y con el ancho de dos pasadas de las sembradoras. Incluso había que dejar un testigo que consistía en una parcela que se araba y se sembraba con la misma máquina. Y, lo que era lo más importante, se agregaba fertilizante, fosfato diamónico. Casi enseguida, y como estaba en la zona de influencia de Mar del Plata, establecí una suerte de base en esa ciudad, donde pasaba muchas de mis estadías, pues te diría que estaba más en el campo que en mi casa, en ésta apenas los fines de semana. Bueno, los ingleses apostaban fuerte al empleo del “Gramoxone” como suerte de herbicida total, ya que secaba toda la vegetación viva.

Por supuesto, habían también desarrollado mucho la desecación de la caña de azúcar para facilitar la cosecha (se secaban las hojas y luego se quemaba el cañaverol, lo que favorecía la cosecha, en esos días toda manual). Pero, claro, de eso se ocupaban colegas míos en Tucumán, Salta y Jujuy. Yo nunca intervine en esos trabajos.

-¿Y cómo siguió ese asunto de las intersiembras, abuelo? – pregunta Nicolás cuando estamos entrando en General Belgrano, aproximándonos a la casa de mi amigo. Son justo las doce y el asadito seguro, en unos instantes comenzará a ser devorado....

- Se siguió otro año trabajando en el tema, pero los resultados no fueron demasiado exitosos. Fijate, en uno de los ensayos yo hice una parcelita en el borde al que no le apliqué el “Gramoxone” y creció al igual de los que habíamos tratado con el herbicida. Mi impresión, Nicolás, fue que lo importante era aplicar fertilizantes cuando se hacía siembra directa en esos terrenos: la flora natural no competía con el sembrado de Agropyron , pero ésta necesitaba fertilizante, en particular Nitrógeno y Fósforo. En alguna medida, los ingleses se dieron cuenta de que no era un rubro atractivo para vender su herbicida y abandonaron esa empresa. Por eso, ya en la primavera que siguió a las intersiembras me pusieron a que me ocupara del uso del “Gramoxone”, como herbicida en cultivos de papa y a eso me aboqué de inmediato. Y ahí comenzó mi historia con la papa, historia que se prolonga hasta estos días...

Entretanto llegamos a la casa de Salvini. Un estrecho abrazo con él nos abrió a los momentos que gozaríamos las horas siguientes. Carlos es un eficiente parrillero, y en esta oportunidad nos agasajaba con un corderito hecho a la cruz.

-Sabés –le digo a Nicolás- esta es la mejor forma de asar el corderito, porque se cocina sin que las grasas se quemem sobre el fuego y despidan sobre la carne un gustito poco agradable.

Un rato más tarde nos sentamos a la mesa y Carlos nos proveyó trozos de cordero y su mujer, bebidas, ensaladas y pan. Y allí, en Gral. Belgrano, después de pasar una larga sobremesa con Salvini, sus hijos y otro par de amigos, decidimos retirarnos y nos encaminamos hacia el Hotel “Tengo que tirarme un rato, muchachos, mañana debo continuar mi

viaje a Balcarce”, digo y así me despido de mi huésped, a quien cuando viene a Buenos Aires lo agasajo en mi casa, no con un asadito pero sí con un arroz a la milanesa, mi especialidad culinaria.

Capítulo XV

DESARROLLO DE PRODUCTOS AGROQUÍMICOS

-No puedo precisar por qué razones sobreviví a la dura reacción que se efectuó en el área de Agroquímicos de Duperial.

Marcos me mira soñoliento, parece que no tuvo una buena noche.

-Quizás ahora –sigo-, tras el tiempo que me separa de esos momentos, puedo reflexionar con más precisión y así clarificar mejor las circunstancias que me favorecieron. Dubitativamente, después de estar más de un lustro concentrando mis esfuerzos en el desarrollo del herbicida paraquat en la Argentina, abruptamente los jefes de Inglaterra decidieron volcar todo su esfuerzo en Brasil, dejando que lo que pudiera desarrollarse en la Argentina sucediera por la misma inercia que poseía la sucursal local, afirmada en el mercado químico, y con fábricas tanto en el Gran Buenos Aires como en San Lorenzo (Santa Fe) y Palmira (Mendoza).

-Reflexivamente, Marcos – le digo en esta otra de nuestras sempiternas charlas-, sucedió lo que nunca imaginé que sucediera: que me dejaran a mí, un argentino, a cargo del desarrollo de nuevos productos agroquímicos. Y, la verdad, fueron circunstancias de enorme riqueza, de diversidad de productos, que me obligaron a recorrer todo el país, a incorporar ingenieros agrónomos como colaboradores míos e, inclusive, fui el primero que incorporó en una empresa de agroquímicos a una ingeniera agrónoma, a una mujer.

-¿Y cuáles fueron los más importantes?- pregunta Marcos.

-Mirá, viejo, es difícil decidir ahora, dado el tiempo transcurrido y la gran diversidad de nuevos principios activos descubiertos y puestos en el mercado, cuál de todos ellos fue el más importante. Para mí, en esos días de innovación en plaguicidas, el descubrimiento de los insecticidas piretroides

fotoestables fue lo más importante, también la promoción de la permetrina, en competencia con otro proveniente de la industria francesa, la deltametrina, una familia de insecticidas que creció rápidamente. Eran todos derivados de la piretrina, que se extraía de flores del crisantemo, pero fotolábil, y no tenían uso posible en la agricultura. Por eso, una familia de productos de muy baja toxicidad para el hombre y buen poder letal para los insectos, provocó en esos días una especie de revolución tecnológica. Y a mí me tocó buena responsabilidad en su introducción y difusión en nuestro país.

Me seco las manos en el lavabo del baño de “caballeros” del bar donde estamos con Marcos, y me viene a la memoria la suma de momentos que viví viajando por el país, los miles y miles de kilómetros que recorrí en una camioneta o en un auto, al servicio de los lores ingleses. ¡Qué casualidad! Apenas concluyera mi cargo gerencial en la empresa británica se produjo la invasión a Malvinas y se desató un inesperado y profundo sentimiento antibritánico en la sociedad argentina. Y una vez más, recuerdo, me tocó otra vez bailar con la más fea. Seguía vinculado a Duperial como asesor externo, para atender los trámites de inscripción de los productos agroquímicos en el Ministerio, y por eso mi contacto se aligeró lo suficiente como para ver la situación como si lo viera del lado de afuera. Pero hubo una circunstancia inesperada, un hecho que tiene los ribetes de lo insólito: en esos días de abril y mayo 1982 un técnico inglés que también se había alejado de la firma británica en Inglaterra, me avisó que quería encontrarse conmigo para que llevara a cabo pruebas a campo con un nuevo herbicida provisto por otra empresa, no se si británica o alemana. La cosa fue que, como él no podía venir a la Argentina, me propuso que yo viajara a Porto Alegre, en Brasil, para discutir los detalles de mi futura labor. Y así de pronto estuve reunido una tarde, con este colega inglés en su hotel en Porto Alegre, mientras los combates en Malvinas arreciaban.

-Si uno piensa un poco, Carlos, parece una suerte de tarea de espía -comenta riéndose, imaginando la increíble peripecia que me tocó vivir en mi simple condición de “agronomist”...

Nos quedamos en silencio un rato, hasta que él lo rompe:

-¿Y eso a tu nieto no se lo vas a contar?- Marcos pregunta mientras alcanza a darse vuelta y ver pasar zigzagueante a una morena divina.

-No me parece que valga la pena. Ese viaje a Porto Alegre es uno más en mi relato y no lo ayudará a comprender si efectivamente debe ponerse a estudiar la que fue mi carrera, que hoy es bien distinta de la que recorrí yo. No olvides algo que -cualquiera sean los avances que se produzcan en la ciencia referida a las plantas-, la esencia del asunto es que un agrónomo debe conocer un mundo de una diversidad de especies que, de una manera u otra, provocará su desconcierto, su dificultad, si es que no alcanza a especializarse y a cumplir con esa especialización. Mi aventura en el desarrollo de productos fue posible porque yo tenía una personalidad dispersa y ansiosa por conocer de todo un poco y, gracias a que aprendí bastante bien inglés, y también francés, pude andar por caminos tan diversos.

Capítulo XVI

LA PAPA SE INTRODUCE EN MI VIDA

-Parece un título sin importancia –digo-, algo que se autodescalifica de inmediato. ¿Qué significa la papa, la vulgarísima *Solanum tuberosum* en la existencia de este agrónomo, que no se crió ni vivió en Balcarce ni en sus proximidades y que no se ocupó profesionalmente de cultivar esa especie?

Marcos me mira y sonríe. Está acostumbrado a mis confidencias y es paciente. Sabe, además, que desde que mi nieto vino a verme con la idea de ser agrónomo, estoy recopilando mis experiencias pasadas. Una especie de memorándum vitae. La verdad es que no sé para quién lo hago... ¿para Nicolás? ¿para mí?

-Bueno -digo y dejo de lado las elucubraciones-, es un buen interrogante para empezar a contarte una historia que tiene mil y un episodios, en que la vulgar papa desempeña un papel destacado en la existencia de este agrónomo, tu amigo. Ya te comenté que mi presencia en la zona Papera del Sudeste estuvo vinculada a que “Duperial” quería promover el uso del “Gramoxone” como herbicida en papa. Pues bien, a veces las circunstancias de la vida te encaminan de un modo diferente, y así sucedió cuando me incorporé a la Secretaría de Agricultura, apenas asumida la presidencia por Raúl Alfonsín.

Cumplida mi primera tarea, relativa a la promoción de los fertilizantes (ya te hablaré algún día de eso) me vi súbitamente designado como Director Nacional de Comercialización y Fiscalización Agrícola, dependiente de la Subsecretaría de Agricultura.

-¿También ahí estuviste?

-Sí Y la primera decisión que tuve que tomar fue
¡¡¡PROHIBIR LA IMPORTACIÓN DE PAPA SEMILLA!!!
¿Te das cuenta? Desde ese momento, hasta el presente, he

estado siempre vinculado al cultivo de la papa, aunque no tengo nada de papero ni nada que se le `parezca. Pero la papa, desde los primeros meses de 1984, se me introdujo en mi vida profesional y todavía no me ha abandonado.

Marcos estalla en carcajadas y le pide al mozo otro café. Me admira el interés de mi amigo por mi pasado profesional. Y continúo:

-Expliquemos la razón de la prohibición. Y hay que hacer historia, remontarse a la llegada de ese cultivo, originario de Sudamérica, ganando los platos de los europeos que, desde el mismo siglo XVI comenzaron el trabajo de mejoramiento varietal, adoptando con entusiasmo su cultivo. Sucedió que una especie originaria de América fue desarrollada y mejorada en Europa y de allí llegó a nuestras tierras pampeanas, con las características deseables para los agricultores, muchos de ellos inmigrantes europeos. Sabrán que el cultivo de la papa se hace a partir de los mismos tubérculos empleados como “semilla”. Y también deben saber que el cultivo es muy susceptible a plagas diversas. En particular es afectado por algunos virus que son difundidos por insectos picadores (la mayoría, pulgones) y que los efectos perniciosos son considerables. Por eso, es imprescindible contar con tubérculos libres de virus. En un momento se logró seleccionar una variedad bastante aguantadora, la conocida “Huinkul” que producía bien pero sus tubérculos eran de piel muy oscura. En el ínterin se lograron nuevas variedades en Europa, en especial una en Holanda, la denominada “Spunta”, que entusiasmó tanto a los paperos –por su alto rendimiento– como a los verduleros, porque sus tubérculos eran de tamaño grande y piel muy clara, apetecida por los consumidores urbanos.

-¿Y qué hiciste?- lo veo interesado y eso me alienta a seguir.

-Como siempre, a grandes ventajas grandes obstáculos. Y en el caso de la variedad “Spunta” era su extrema

susceptibilidad a los virus. Lo habitual, para el papero, era conservar parte de su cosecha para emplear como semilla en la campaña siguiente. En particular le era muy fácil, pues los tubérculos pequeños, que no podía consagrar al consumo, los guardaba para emplear como semilla. Y lo que sucedió fue que los ataques de virus obligaban a renovar semilla, y esa semilla provenía de Europa. Es fácil imaginar que si un cultivo depende de semillas importadas, su rentabilidad corre riesgos considerables y eso obligó a que algunos de mis colegas metidos en el asunto buscaran una solución eficaz. Y esa solución se desarrolló en pocos años: se sembraban tubérculos sanos en zonas aisladas de cultivos comerciales, de modo que la producción de semillas se hiciera en un área carente de cultivos virósicos, Y así nacieron lo que se llamaron “zonas diferenciadas”, o sea, áreas controladas donde no se podían sembrar sino tubérculos con sanidad garantida, libre de virus. Y eso se puso en marcha muy rápidamente. Se fijaron áreas exclusivas para papa semilla en Malargüe (Mendoza), Tafí del Valle (Tucumán) , Las Estancias (Catamarca) y zona de Pedro Luro, en el Sur de Buenos Aires.

El bar ha quedado prácticamente vacío. En la mesa del fondo, una pareja habla en voz baja.

-¿Y ése fue el motivo de la prohibición para importar papa semilla?

-Claro, imagináte, se había hecho un serio esfuerzo empresarial, tanto por parte de los paperos como de los técnicos fitopatólogos que instalaron laboratorios de determinación virósica. Fue un caso bien claro de desarrollo agroindustrial que había que proteger, precisamente desalentando la competencia del exterior.

Marcos llama al mozo y me dice:

-Dejá, dejá, pago yo.

Capítulo XVII

LA AGRONOMÍA EN LAS CANCHAS DE FÚTBOL

En marzo de 2010 leí en un diario un artículo referido a los campos de fútbol, se titulaba: “El césped científico, un protagonista oculto”. Era el reportaje al ingeniero agrónomo Fabio Solari quien, especialista en el tema, había visitado las canchas de Sudáfrica y explicaba algunos procedimientos para mejorar la aptitud del piso para el juego Mundial que en ese momento estaba a horas de comenzar.

De la intervención de agrónomos en el manejo del piso de los campos de fútbol sé lo ocurrido en 1978, poco antes de que comenzara el Mundial acá en nuestras tierras. En efecto, hubo una reunión de agrónomos para ayudar a superar los inconvenientes que presentaba el césped en el Monumental de Núñez y que era imperioso resolver. Fue la única oportunidad que recuerdo que se formara una suerte de “junta médica” de agrónomos para atender a un enfermo en grave estado: el piso del campo de juego.. Se solucionó más o menos satisfactoriamente y, merced a nuestros Bertoni, Luque, Kempes y demás jugadores, fuimos Campeones del Mundo, precisamente sobre ese piso...

Y aquí vuelvo a mis memorias que disfrazo como “recuerdos”. ¿Saben Uds. cuál ha sido mi éxito profesional más importante, más trascendente, más reconocido? Pues ni más ni menos que haber sembrado la cancha auxiliar de Ferro con un nuevo procedimiento que en esos días se conocía como Zero-Tillage, y que acá primero se llamó “Labranza Cero” y concluyó por popularizarse, difundirse, modificar la estructura productiva agraria y convertir a la soja en cultivo estrella: la SIEMBRA DIRECTA.

Y me remonto al año 80, cuando Ferro, conducido por Leyden y sus amigos, estaba en pleno florecimiento y pronto para ser Campeón de los Nacionales 82 y 84. Iba con frecuencia al Club, donde practicaba aerobismo, y me cruzaba

permanentemente con el Intendente, el Sr. José Fantuzzi. Para llegar hasta el Gimnasio “Etchart” debíamos ingresar por la calle Avellaneda y pasar junto a la cancha auxiliar, oculta al gran público que concurría al estadio. Estaba en un estado lastimoso, sin una mata de pasto, salvo en los rincones donde no había actividad deportiva. En uno de esos días Fantuzzi me paró y me preguntó: “¿Ingeniero, cómo podemos arreglar esta cancha? Está hecho un potrero que da vergüenza”. Me quedé pensando un minuto y enseguida le propuse una solución: “Vea, Fantuzzi, lo podemos arreglar de esta manera: ahora, que todavía hace calor (estábamos creo en marzo-Abril) saque plantitas de gramillón de ahí de las esquinas, y vaya trasplantándolos sobre el terreno de la cancha. Ojo, para eso no roture el terreno. Si puede –y usted se da maña para todo-, enganche al tractorcito una especie de aporcador que le abra un surquito de un par de centímetros, va colocando las plantitas de gramillón, y luego con un escardillo de mano hace tapar el surquito. Abra esos surquitos a una distancia de unos 20 centímetros. Riegue lo que haga falta y en menos de un mes estará bien arraigada la gramilla. Entonces tráigase semilla de raigrás común, y la siembra al voleo, tal vez con un poco de arena fina y con algo de fertilizante. Creo que dos meses después podrán volver a utilizar la cancha”. “Va a quedar muy buena”, afirmé con la seguridad de un especialista, que yo no era. ¡Y ahí, nada menos que en la cancha del glorioso Ferro Carril Oeste, se realizó una de las iniciales “siembras sin labranza” que más tarde devendrían en la transformación sensacional del agro argentino...!

Tengo en mi poder un ejemplar del libro “Ferro 100” que se editara en 2004, con motivo del Centenario del Club. Tiene una dedicatoria que dice: *Al Ingeniero y gran amigo Roberto Piterbarg, del cual he aprendido mucho sobre agronomía, lo que le agradezco enormemente.* José R. Fantuzzi

Capítulo XVIII

LA AGRONOMÍA, reducida a recuerdo (1961-1966)

-Es increíble- le cuento a Marcos, aguardando en la tribuna de Rácing la aparición del equipo local del que Marcos es hincha, como nos ocurriera para ese año de 1962 en que Racing conquistara el campeonato.

-¿Qué es increíble?- me repregunta

-Que acabo de darme cuenta de que después del Malbrán, cuando en el 62 te vine a acompañar para ver a Racing campeón, yo andaba trabajando en tareas ajenas a las de un agrónomo de verdad. Fui microbiólogo de suelos, botanista, ingeniero forestal, tantas cosas... pero las plantas cultivadas, lo que se dice agricultura de verdad, en la que aspiraba a trabajar, ésa me fue ajena. Ahora, otra vez Rácing en primera y yo contento de acompañarte, me imagino pretender influir en la cabeza de mi nieto Nicolás para que se disponga a seguir los pasos de su abuelo... Mejor que no siga esa huella, que actúe con total independencia, que se aproxime a lo que desea, a ser de verdad ingeniero agrónomo, recogiendo la sabiduría que hoy la ciencia de la agricultura ha alcanzado, gracias a biotecnología, a la informática, a la nanotecnología, va, qué se yo, a todas esas novedades que en el campo de la ciencia y la técnica se han multiplicado en estos pocos años del nuevo siglo, de este XXI....

Capítulo XIX

CON ALFONSIN Y LOS FERTILIZANTES

-Abuelo. ¿cómo fue que te incorporaste al gobierno de Alfonsín desde el primer día?- pregunta mi nieto mientras engulle como buen adolescente un hermoso trozo de pizza de muzzarela que nos han servido en “Güerrin”, nuestra pizzería favorita.

-Bueno, es buena la pregunta pero muy complicada la respuesta. Lógicamente, desde un primer momento sentí simpatía hacia Alfonsín. Pero en una oportunidad, en una de sus entrevistas por TV, escuché algo que me conmovió: “Vamos a impulsar el uso de fertilizantes para producir cereales y oleaginosas en nuestra pampas”, dijo. Me quedé frío, sorprendido por una afirmación que pronunció con contundencia increíble. Sabés, unos meses antes, conversaba con un colega e hicimos referencia a la necesidad que tenía nuestro campo de emplear más fertilizantes, en especial nitrogenados y fosfatados. Desde hacía unos años se había instalado una planta productora de urea, fertilizante nitrogenado, en Campana, propiedad de Petrosur, pero tenía una capacidad limitada. Y con los fertilizantes, pasa una cosa: hay una relación directa e inversa: cuanto más baratos, más rendidores pues se requieren menos kilos de trigo o maíz para pagarlos y, por lo tanto, sus resultados económicos son más favorables. Hay una palabra que se ajusta a este problema: la logística. Cuanto más lejos está la fábrica o cuanto más caro es el proceso, menos negocio es fertilizar. Para entonces ya las pampas nuestras requerían ser fertilizadas, y ese fue el motivo del comentario. Claro, mi colega tenía vínculos políticos con el radicalismo y así seguramente fue que llegó a oídas de Alfonsín nuestros comentarios y los hizo suyos. Eso me entusiasmó.

Un tiempo antes había conocido a Roque Carranza, que era un hombre muy próximo a Alfonsín y me ofrecí colaborar

con ellos, obviamente en los aspectos técnicos. Él me invitó a incorporarme al Centro de Participación Política que había conformado el Licenciado Jorge Roulet, y comencé a trabajar y a colaborar en las propuestas del programa de gobierno. Estoy hablando de los primeros meses de 1983. Iba por las tardes a un local instalado cerca de Plaza Lorea, donde funcionaba el CPP. Había técnicos profesionales de diversas especialidades, incluso colegas míos. Y yo me ocupé del tema “fertilizantes”. Pasaron los días, vino el tiempo de las elecciones y, para alegría de todos nosotros, Alfonsín las ganó. Inmediatamente comenzaron a organizarse los equipos que se harían cargo de las labores de gobierno con el Ejecutivo y a mí, por sugerencia de mi colega Lucio Reca, con quien ya habíamos hablado del tema, me tocó proseguir con los fertilizantes.

-¿Y así empezaste a trabajar en el gobierno?- mi nieto me mira entre sorprendido y confundido. No puede concebir que su abuelo fuera integrante de un gobierno y encima del partido Radical.

-Sí, Nicolás, así empecé. Con decirte que me designó por decreto en un cargo de Director de Política Agropecuaria. Me instalé en una oficina con un par de secretarías y comencé a redactar y a dar forma al decreto reglamentario de la Ley de Fertilizantes, que había sancionado el gobierno militar de Lanusse y nunca se había puesto en vigencia pues no estaba reglamentada. Y a eso me aboqué. Por entonces vivía una experiencia extraña para la vida que había llevado hasta ese momento: tenía auto con chofer. Así que me ocupé personalmente de que el texto del decreto fuera suscripto por todos los organismos del gobierno. Era menester que lo hicieran. Y así fue que, conducido en mi auto por Pascual, mi chofer, llevé personalmente el expediente oficina por oficina para asegurarme su rápida tramitación. Y fue ése uno de los primeros decretos que firmara Alfonsín.

-¿Y tuvo éxito el programa de fertilizantes?

-Mirá, yo con otros compañeros lo pusimos en marcha; pero unos meses después me trasladaron a un área de Promoción Agropecuaria y dejé el tema. Sí, se avanzó con un programa que se organizó en la entonces existente Junta Nacional de Granos, y se logró incrementar el uso de fertilizantes para los grandes cultivos cerealeros. Para mí fue un momento extraordinario de mi vida profesional. Y la recompensa mayor que tuve fue que conocí al ingeniero agrónomo norteamericano Norman Borlaug, quien lograra un mejoramiento genético en los trigos, labor que premiaron con el Premio Nobel de la Paz.

Y, si querés, como una suerte de corona de triunfo, participé en un agasajo que Alfonsín le hiciera a Borlaug en la residencia de Olivos. Después no me ocupé en forma directa de los fertilizantes, pero participar de los primeros meses del gobierno de Alfonsín es un recuerdo muy fuerte que tengo en mí, con la sensación de haber colaborado en hechos de gran trascendencia.

Capítulo XX

EN EL SUDESTE BONAERENSE

-Sí, fue una lógica de proximidad lo que inclinó a mis superiores a que me indicaran que me introdujera entre los campos de papa para ver si teníamos éxito con el empleo del “Gramoxone” como herbicida de preemergencia.

Mi nieto desde hace un tiempo, interesado en seguir la misma carrera de su abuelo, me pregunta, me escucha y me hace volver todo el tiempo al pasado

-Porque el cultivo de papa es muy especial, Nicolás. No es partir de semillas verdaderas sino de tubérculos, generalmente cortados en trozos, que se colocan a mano en un surco sobre tierra previamente bien roturada, casi una suerte de almaciguera gigante. Y apenas colocados los tubérculos en el terreno, se los efectúa un ligero aporque, quedando a partir de ese momento y hasta la emergencia de los brotes sin tocar para nada. Por eso fue que se vio la conveniencia de aplicar un herbicida de preemergencia, pues la gran mayoría de las malezas comienzan enseguida a germinar y crecer en el terreno un poco antes de que emerjan los brotes de papa. Aplicábamos “Gramoxone” junto con otro herbicida a base de linuron, si mal no me acuerdo. Las pruebas dieron resultado pero un año después la empresa desistió de proseguir porque el costo de los herbicidas no compensaban el fácil control que se lograba con las posteriores labores de roturación, ya que el cultivo de papa requiere que se vaya elevando el camellón del surco plantado para facilitar el crecimiento de los nuevos tubérculos que cada planta originaba. Pero sucedió que el empleo de desecantes previos a la cosecha de las papas era un procedimiento eficaz y facilitaba la cosecha. O sea, se aplicaba “Gramoxones” y se desecaban las plantas de papa antes de entrar a cosechar el papal. Como es un herbicida que no se trasloca, solo afecta a los tejidos que estaban sobre el suelo, no afecta para nada a los

tubérculos. Y eso me mantuvo un par de años más cerca de la zona, compartiendo momentos en Balcarce, en Tandil, en Mar del Plata, siempre andando en la “F-100”. Tanto los contactos que hice en Mar del Plata como en Balcarce me facilitaron la operatoria y así fue que en ese primer año de trabajo en la zona realicé ensayos. Uno, en las proximidades de Batán; otro, en un campo vecino a Balcarce, hacia el lado de la sierra de La Vigilancia. Y un tercero en un campo en vecino a la ruta 35, camino a General Vidal.

Del cultivo de la papa podría hablar largo y tendido. Creo que ha sido uno de los emprendimientos que se encararon en nuestro país con más decisión y eficacia, característica tan importante en un pueblo de trabajadores que los historiadores no porfían mucho en entender y comentar.

Capítulo XXI

LA SOJA Y LA SIEMBRA DIRECTA

-¿No me vas a contar nada de la soja y la siembra directa? Pregunta Nicolás mientras me devuelve el mate.

-“¡Soja y directa, un solo corazón!”- exclamarían en todas las populares de los estadios de fútbol argentinos. Tenés razón, Nicolás, ¿cómo no hablarte de esas dos palabras que han transformado el agro argentino? Y que, naturalmente, no han sido extrañas para mí.

Abro la ventana de mi departamento y observo el contorno de un mundo de edificios que nos apartan de cualquier material verde, salvo aquellos que como yo mantienen algunas macetas en sus balcones y en sus terrazas. “En medio de la ciudad hablar de soja y siembra directa, es una suerte de fantasía esotérica, un hablar de algo que, a no ser que nos tomemos el trabajo de relatarlo, apareció como un diamante desprendido del cielo, una piedra preciosa que hoy alimenta la vida de millones de argentinos, por supuesto la mayoría ciudadanos ajenos a ese fenómeno que sucediera no hace mucho tiempo.

-Sí. Nicolás debo hablarte de la soja, de la siembra directa y de cuál ha sido mi participación porque, como podés imaginarte, me tocó ser actor en esta obra de teatro real, tan importante para nuestro mundo actual.- le digo.

Desde esta lejanía que suponen estos muchos años que he ido acumulando, sería un despropósito considerarme actor en esa obra, pero quizás sí participé lo suficiente como para poder contárselo a él.

-Pues bien, empecemos por el principio –le digo-, o sea, por la soja. ¿Cuándo se conoció la soja en la Argentina? Yo sabía de su existencia por un amigo de mi padre, que me hablaba de la soja como una planta maravillosa: con ella podías preparar una suerte de café con leche con pan y manteca,

nuestro desayuno popular en los años cuarenta. Y como ya sabés siempre a tu abuelo le tocan vivir instantes importantes... En los años 60 yo era microbiólogo y cuando me quedé sin el contrato en el Instituto Malbrán, me dieron trabajo en un establecimiento llamado “Laboratorios Brandt”, con su fábrica en San Justo, al sur de Ramos Mejía. Ahí me hice cargo de la fábrica de gluconato de calcio, que se obtenía por fermentación industrial, gracias a un hongo el *Aspergillus Níger*, que usado como inóculo en unos tanques fermentadores, producía esa substancia, un fármaco vital para controlar el meteorismo en los vacunos.

-Abuelo, ¿y eso qué tiene que ver con la soja?- pregunta Nicolás, como si señalara que me estoy yendo por las ramas. Le respondo:

-No te olvides que yo era microbiólogo y que en la fábrica había un laboratorio para preparar los inóculos destinados a la planta de fermentación y, para mi sorpresa, había también elementos para producir inoculantes de leguminosas, las famosas bacterias radicícolas que deben agregarse a las semilla de esas especies. Yo suponía que estaban interesados en preparar inoculantes para semilla de alfalfa, pero ahí me enteré que el dueño de “Brandt” tenía otra empresa, llamada “Agrosoja”. El propósito de esta empresa era obtener soja para extraer la lecitina de sus frutos, destinada a la industria farmacéutica y cosmética. Obviamente, para un cultivo nuevo, desconocido por los agricultores tradicionales, llevó un esfuerzo considerable su difusión, que se concentraría inicialmente entre los pequeños productores de la zona de Casilda, en el Sur de Santa Fe. ¿Y por qué allí, en el entorno de Casilda? Porque era una zona de pequeños agricultores que en unos años antes, para la época de la guerra, habían cultivado una especie extraña, la amapola, de la que se extrae la morfina, un analgésico imprescindible, que provenía de Europa y que la guerra hacía imposible su importación. Por eso impulsaron el

cultivo de amapola, y así esos colonos aprendieron a cultivar una especie hasta entonces desconocida para ellos. Por eso, “Agrosoja” concentró allí sus esfuerzos. Coincidentemente comenzaron a interesarse en el tema los profesores universitarios, en particular de la Facultad de Agronomía de Buenos Aires y, por otra parte, se inició la introducción de variedades, en especial procedentes de los EEUU. La superficie sembrada en ese entonces era todavía mínima, sin relevancia alguna en las estadísticas que llevaba el Ministerio de Agricultura y Ganadería.

-Pues bien: ¿qué tuve entonces yo que ver con la soja? Directamente nada, pero, poco después de lo que me quedara sin el contrato en la FCEN, con otro colega amigo de los tiempos de Castelar me presenté al Banco Nacional de Desarrollo para solicitar un crédito para poner en marcha una fábrica de inoculantes para Leguminosas. Era el año 1966 y en ese tiempo el Ministerio de Agricultura señalaba que habían sembradas ¡¡unas DIEZ MIL HECTÁREAS DE SOJA!!

-¿Te dieron el crédito, abuelo?

-No obtuve el crédito y me fui a medir campos... A mi regreso sucedió el episodio del “Gramoxone”. Y entonces arrancó para mí el tema de la “Siembra Directa”, comenzando con la “intersiembra de pasturas”

Capítulo XXII

LAS SEMILLAS, ESAS DESCONOCIDAS

-¡Y cómo fue eso que de pronto te designaran Director de Semillas?- pregunta Marcos, mientras nos tomamos el segundo cafecito en la mesa del “La Paz”, observando por la ventana el paso de bellas mujeres, muchas lamentablemente acompañadas de algunos que parecen sus galanes.

-No, no fue de pronto. Sucedió que se jubilaba el funcionario que estaba a cargo de la Dirección Nacional de Semillas. Lo conversamos bastante, tanto con el secretario Reca como con el subsecretario Norberto Pasini y a ellos les pareció que yo era la persona indicada para hacerme cargo de esa responsabilidad. Una de las razones que afirmó esa propuesta era que yo tenía experiencia con el sector empresario de insumos agrícolas, pero no en semillas sino en agroquímicos. Por lo tanto, no tenía ningún compromiso con las empresas semilleras que en esos días comenzaban a tener mayor peso, especialmente desde que unos años antes, en 1973, se sancionara la Ley de Semillas y se pusiera en vigencia unos años después, en 1978.

Marcos apaga su cigarrillo y me encara:

-¿Y a vos te interesaba verdaderamente ese cargo, que suponías era menos importante que el que tenías como Director de Promoción Agropecuaria?

-Sí, es verdad, era un cargo importante y ni imaginaba lo importante que también era el de semillas. Sabés, no había tenido mucho contacto con el tema salvo que, unos años antes, un compañero del Nacional cuyo padre tenía un estancia en Laboulaye me pidió que cumpliera la funciones de director técnico de un semillero de trigo. Y fue una labor en la que me interioricé muy poco. Viajé a la estancia un par de veces, recorrí los trigales y no observé nada que supusiera problemas o dificultades. El personal de la estancia sabía trabajar la tierra

y sembrar y producir semilla; apenas les exigía algunas precauciones de fácil cumplimiento. Mi tarea fue muy limitada, más de un burócrata que la de un verdadero agrónomo. No me quedaron muchos recuerdos. Por eso, cuando Reza me preguntó: “¿Quieres hacerte cargo de la Dirección de Semillas?”, mi primera impresión fue como si alguien me entregara el comando de un avión sin ser piloto. Entraba, créase o no, en un mundo desconocido.

Marcos llama al mozo y le pide sendas copas de whisky con hielo. Enseguida me observa:

- Entiendo que lo tomaste con entusiasmo, por lo menos recién me insinuaste que no te sentías bien preparado para esa responsabilidad, hasta entonces casi ajena a tu experiencia profesional.

- Mirá – le respondo a Marcos-, lo que sirvió para que me entusiasmara, aunque te parezca mentira, fue que existía una Ley de Semillas y Creaciones Fitogenéticas, la 20247, que era un documento excelente, confeccionado con el apoyo de los actores de la tarea, tanto semilleros como agricultores y productores rurales y, naturalmente, con los técnicos especialistas que actuaban en el INTA, en las Universidades y en las empresas.

- ¿Por qué decís excelente? La Ley es una suerte de reglamento para una determinada actividad, en este caso las semillas. La excelencia es una condición de algo establecido definitivamente, una novela o una obra de arte, pero decirlo de un texto reglamentario. Es mucho, ¿no?

- Sí, tenés razón pero, cuando empecé a leerla, primero su introducción descriptiva –no todas las leyes la tienen-, y a estudiar todo su articulado, comprendí que atendía todos los aspectos concernientes a las semillas, las botánicas y otros modos de propagación vegetal y que son el corazón de la agricultura. Y, además, había sido redactada cuando ya se contaba con bastante experiencia y conocimientos de normas

legales atinentes a la producción de granos cerealeros. Se había sancionado una Ley de Granos en 1935 y esa sirvió de base para construir esta nueva Ley, específicamente destinada a las semillas. Es cierto, estaba más pensada para trigo que para el conjunto vegetal y eso, naturalmente, exigía una compleja atención al tema, tarea que encaré con gran entusiasmo. Por otra parte contábamos con personal técnico joven que Pasini había logrado que fueran incorporados en planta permanente, lo que garantizaba la continuidad de la labor. Otro hecho destacado es que contábamos con un buen Laboratorio de Semillas, el que está bajo un sistema regulado, en el marco de la International Seed Testing Association (ISTA). ¡No te imaginás como me sorprendí cuando tuve delante de mis ojos la Resolución de adhesión a ISTA, firmada por el que era ministro de Agricultura de Alvear, Tomás Le Breton, en el año 1924...! Sabés, Marcos, sentí en ese instante –y lo comprobé luego en repetidas ocasiones- que sería el responsable de un área trascendente, que había sobrevivido a los avatares políticos que se hicieron cosa corriente en nuestro país a partir del golpe de estado de 1930.

Marcos se distrae por la ventana del café: el desfile de beldades no concluye nunca, y el no puede perderse ninguna de ellas. Pero bruscamente se da vuelta y me pregunta:

-Carlos, ¿y vos quedaste conforme con tu trabajo al frente del Servicio de Semillas? ¿Hasta cuándo estuviste ahí?

- Continué hasta un tiempo después que Alfonsín dejara la presidencia y viniera Menem en su reemplazo. ¿Qué sucedió entonces? Que Menem tenía el compromiso de poner a un colega de Catamarca en mi cargo, por lo que tuve que renunciar pero en ese mismo momento los empresarios de la Asociación de Semilleros Argentinos me contrataron como gerente de su entidad, de modo que mi salida de la Dirección de Semillas no fue tan traumática.

-¿Pero sucedió algo importante durante tu gestión, te tocó producir hechos trascendentes?- pregunta Marcos presuponiendo que su amigo algo de interés .habría logrado.

- Sinceramente reconozco que tuve muchas satisfacciones o, por lo menos, así lo sentí. Te expliqué que la ley era reciente, que su reglamentación también, de modo que poco era lo que yo y mis colaboradores podíamos incorporar. Fue en ese tiempo que se comenzaron a producir los girasoles híbridos, mucho más productivos que las variedades simples, y prácticamente coparon el mercado. Obviamente los fitomejoradores todos los años introducían nuevas variedades y se ampliaba el número de las empresas en el mercado. Sin embargo, el hecho más significativo que se logró durante mi gestión fue que nuestro país se incorporara al régimen de certificación internacional de la OCDE. Vivimos para ello una experiencia curiosa. Vinieron al país tres técnicos de Europa, expertos en certificación de semillas. La Dirección contrató un ómnibus y con los técnicos visitantes recorrimos los principales centros de actividad en la Región Pampeana, desde Pergamino, pasando por Junín, Tandil, Tres Arroyos y Mar del Plata. En cada sitio se incorporaban los técnicos de nuestro Servicio que atendían desde esas localidades las empresas semilleras, y así fue que nuestros visitantes se llevaron una clara idea de cómo era el sistema de control que teníamos establecido.

-¿Y cuál era la importancia de estar adheridos a la OCDE?

-Mirá, había surgido un negocio interesante con la posibilidad de producir híbridos de maíz de Francia, de ciclos más cortos, adecuados para la zona de Mar y Sierras. Inclusive la posibilidad de producir semillas acá para exportar a Francia , logrando lo que se conoce como “contraestación”: producís semillas en nuestro veranos que son enviadas de inmediato al Hemisferio Norte y se ponen a sembrar en esos territorio en su naciente primavera. Obviamente, vale lo mismo en dirección

inversa, pero acá la “contraestación”, aunque en pequeña escala, se lograba produciendo en el Norte, en Salta. Fue la presión de la empresa francesa interesada la que concluyó se estableciera en nuestro país la certificación OCDE, imprescindible para ese propósito.

-¿Y tuviste algún otro logro importante durante tu gestión en ese cargo?

-Sí, modificamos el decreto reglamentario actualizándolo en base a la experiencia que se adquiriera en esos años de trabajo: el Decreto 50 de 1989, reemplazado en 1991 por el 2183 hoy vigente. Para mí lo más significativo fue aclarar el concepto de semilla “identificada”. ¿De dónde viene esa denominación? De la práctica de los peritos clasificadores de granos, que aprendieron a diferenciar a simple vista los granos de las distintas variedades de trigo, de modo tal que “identificaban” las variedades. Las variedades que se sometían a controles en su reproducción y producción estaban “fiscalizadas” por el Estado, porque la Ley de Granos eso exigía. Sucede que la semilla “identificada” no se distinguía entre la “común” (de variedad desconocida, salvo como vimos en el caso de trigo). Por eso yo propuse en el nuevo decreto distinguir entre semilla “identificada común”, de variedad desconocida, e “identificada nominada”, en que quien rotulaba el envase se hacía responsable de la variedad que ofrecía al mercado, pero sin intervención del órgano oficial de control, el entonces Servicio Nacional de Semillas. Parece un asunto de menor importancia, pero creo que ayudó al ordenamiento del comercio de semillas.

Lo veo a Marcos medio distraído, con su cara vuelta hacia la ventana del café. Entonces le digo, sacudiéndole el hombro:

¿Viejo, te interesó lo que te conté?

Sí. Sí, lo que pasa que vos bien sabés que para mí las plantas y las semillas no son de un interés especial. No en vano

soy médico, me interesan mucho más los seres humanos. Y las humanas ni te cuento...

-Sí, es cierto, pero si no hubiera comida no existiríamos. Y para eso hace falta trigo, hacen falta vacas, y todo eso proviene de las semillas: la harina se hace con granos de trigo y los novillos se engordan en alfalfares o pastizales que se han sembrado. ¿No te parece?

Concluimos con una carcajada compartida, mientras pagamos al mozo y nos marchamos del “La Paz” a recorrer una vez más la calle Corrientes.

Capítulo XXIII

PLAGAS URBANAS Y MAQUINARIAS

Lo veo a Nicolás. Parado en la esquina del colegio, esperando mi llegada. Por suerte hay un lugar para que me aproxime a la vereda, abro la portezuela y Nicolás se sienta a mi lado.

-¿Qué tal? ¿Cómo te fue hoy en el colegio?

-Bien, abuelo, y sabés que te dije que tenía muchas ganas de verte para que me contaras otro episodio de tu vida de trabajo, porque vos, abuelo, has sido un trabajador empedernido y has hecho de todo- termina Nicolás palmeándome el hombro.

-Hoy voy a contarte cuando me ocupé de las plagas urbanas.

-Y ¿qué tiene que ver la agronomía con las plagas urbanas?

Sonrío y respondo:

-Trabajando en una empresa de agroquímicos te toca a veces desarrollar y promover un nuevo raticida o un nuevo insecticida para control de moscas, mosquitos y demás plagas insectiles. Y ése fue el caso. Pero no lo hice directamente, constituyendo una empresa de desinsectación y desrratización, sino ocupándome de proveer de elementos a las empresas que ya existían. Y coincidió esta etapa de mi vida profesional con dos sucesos: mi partida de Duperial y el encuentro con un amigo que , asociado con un estudio contable, procuraba importar equipamiento del exterior contando con una representación exclusiva para cada elemento o equipo que se importaran. Fue el momento de lo que se conoció como “la tablita” de Martínez de Hoz, en que se favorecía el peso argentino en relación al dólar y, por lo tanto, era conveniente importar. Especialmente aquellas cosas que no se fabricaban aquí en Argentina.

-¡Qué hombre, abuelo!- responde Nicolás- te metiste en las cosas más diversas. ¿Y te fue bien en este negocio?

-Mirá, me sirvió durante un par de años para subsistir. Yo no comprometía capital en ese negocio. Sí, gracias al dominio del inglés que había adquirido en mis años de “Duperial” hice muchos contactos y así fue que los socios de mi amigo importaron equipos fumigadores que nebulizaban insecticidas para controlar insectos voladores, como moscas y mosquitos. Curiosamente uno de esos equipos, portátil, luego se empleó mucho en la labor de cine y teatro par difundir nieblas en el escenario. Pero la cosa no terminó ahí, sino que logramos contactarnos con una empresa holandesa que fabricaba equipos para aplicar fertilizantes que tenían una característica única: en lugar de desparramar los gránulos de fertilizantes en forma circular, el equipo operaba con un brazo pendular, de modo que se alcanzaba un mayor ancho de aplicación, con la consiguiente disminución de costos. Eso no prosperó mucho, aunque años después una empresa local lo copió y comenzó a fabricarlos aquí.

-Abuelo, has sido un buen promotor de negocios, pero ¡para que ganasen otros! Mi nieto se ríe y me obliga a reconocer que lo que dice es una gran verdad. Y eso me obliga a proseguir con mi relato.

-Efectivamente, tenés razón. Un poco después logré interesar al que era dueño de una fábrica de partes para automóvil que acababa de cerrar, que importara equipos de riego de Italia. Viajé con él a Italia y ahí se cerró el acuerdo. El empresario importó una buena cantidad de equipos: eran aparatos enrolladores. Consistía en una inmensa cañería de polietileno de unos 200 metros de largo. Se instalaba el equipo en una punta del campo a regar y tirada por un tractor se desplegab la manguera. Puesta a funcionar la bomba comenzaba el riego y también se impulsaba el enrollamiento. Esos equipos se usaban de tiempo atrás en los lotes para

producir papa, un cultivo que siempre debe ser regado. Como mi patrón era dueño de un campo en Balcarce tenía conocimientos del asunto. Incluso llegamos a participar en lo que entonces fue “Mundo Lácteo”, una exposición dinámica donde las máquinas se exponían haciendo sus trabajos. Y así fue que estuvimos en la primera de ellas, que se realizó cerca de Rafaela. Claro que nuestro empresario había invertido todo su dinero en la importación de equipos y no contaba con dinero para la labor promocional, circunstancia que obligó a que me apartara del negocio. Fue entonces que me conecté con un fabricante de relojes de taxímetro, ya en la etapa electrónica. Lo persuadí para que fabricara un sensor electrónico para los tubos de descarga de las sembradoras de grano grueso o sea, maíz y soja, que advirtiera cuando se tapaba uno de los tubos y le enviara una señal al tractorista. Alcanzamos a exponer un equipo en el “stand” de un fabricante de sembradoras en Palermo y sé que al menos un equipo se vendió entonces. Pero yo estaba ya próximo a iniciar mi tarea en el gobierno de Alfonsín y tuve que abandonar el asunto.

-Abuelo, por lo que me estás contando ¡es impresionante cómo has cambiado de trabajos!

La luz roja de un semáforo me obliga a detener el auto. Mientras esperamos que la luz verde nos dé paso pienso qué responderle a mi nieto.

-Sí, es cierto lo que decís... Sin embargo, siempre lo hice en mi condición de ingeniero agrónomo.

Capítulo XXIV

LA VACA LOCA

-No lo podrás creer, Nicolás, pero la verdad es que entre tantas experiencias que me han tocado vivir este tema de la “Vaca Loca” me produjo una conmoción personal trascendente. Incorporado en el SENASA me comencé a ocupar en la normativa de lo que debería ser las exigencias a aplicar en los alimentos para animales. Desde el momento que se descubrió la aparición del agente causal todo se ciñe sobre conocer su procedencia y pronto se concluyó que los vacunos se infectaban a través de los alimentos que ingerían, que normalmente incluían harinas de carne y hueso. Y se pudo establecer que ahí se encontraban los patógenos causantes de la enfermedad.

-¡Qué interesante! – me respondió mi nieto y agregó: -o sea, que cuidando los alimentos de los alimentos se evita el contagio. Por eso entonces no sería necesario crear y aplicar una vacuna para su control...

-Sí, y en nuestro caso particular, en la Argentina, conviene recalcar que la difusión de esta enfermedad se produjo a través del comercio internacional de reproductores, y como la enfermedad se originó en el Reino Unido, y a raíz de la guerra de Malvinas se interrumpió la importación de reproductores bovinos de ese país, de algún modo esta circunstancia –puramente política-, actuó como barrera para que la enfermedad no ingresara en nuestro país.

-¡Qué suerte la nuestra, abuelo! Casi podría pensarse que la Guerra de Malvinas fue una suerte de bendición para la ganadería argentina.

-Vamos, vamos, Nicolás. No exageremos. Terminaríamos por considerar a Galtieri como un héroe... ¡Por Dios! Pero no lo veamos como pura casualidad, sino como un episodio más en el seno de nuestro país, que a lo largo de su

historia ha vivido innumerables episodios desafortunados que le acarrearón algunas consecuencias afortunadas. Y ahora tenés el caso de la “execrable sojización” de estas últimas décadas. Pero si te cuento la historia de cómo este cultivo se desarrolló vas a comprender que vivimos en un país afortunado. Y no te lo cuento porque me lo contaron, sino porque yo he sido actor también en esta historia...

-No me digas, abuelo. Dale, contame...- responde Nicolás.

-Ya te he contado bastante, Nico. Quizá en otro momento volveremos a hablar de esto y de tantas experiencias más...

CAPITULO XXV

UNA SUERTE DE EPÍLOGO

Si bien la vida continúa y también mis trabajos, parece oportuno dar una suerte de corolario a esta abigarrada colección de anécdotas de mi vida profesional.

Hace pocos días tuve oportunidad de leer en el diario “Perfil” (22-06-2013) un reportaje que Magdalena Ruiz Guiñazú le hiciera a Gustavo Grobocopatel, un ingeniero agrónomo que está en una etapa de gran actividad profesional y de éxitos empresarios significativos. Se trata de un hombre, judío como yo, y criado en Carlos Casares, uno de los centros de la colonización judía. Su padre en esa ciudad tenía una planta de acopio de granos y forrajeras y seguramente también algunas hectáreas de campo. No hace mucho que presencié, en la reunión anual que se realiza en la Facultad de Agronomía de Buenos Aires, de donde soy egresado, que le entregaran a Gustavo la medalla del los 25 años de egresado (unos años antes me habían entregado a mí la de los 50 años de egresado).

Reproduzco ahora el párrafo de la mencionada entrevista:

—Cuando usted se recibió de ingeniero agrónomo, el país era bastante diferente al que tenemos hoy...

—Era muy diferente. De hecho, ser ingeniero agrónomo en ese momento no era

algo necesariamente bien visto en el campo. Era un mundo mucho más atrasado. El campo no era totalmente productivo. Por ejemplo, había mucha gente de campo que decía: “Para fundirte: caballos de carrera, mujeres e ingenieros agrónomos”. Era una frase famosa, y yo he sido testigo y protagonista de un cambio enorme del campo como el que ha ocurrido en estos últimos treinta años. Esta revolución agrícola no tiene más de veinte años. En la década del 80 se discutía si la agricultura iba a tener futuro o no.

Créase o no, la lectura de ese párrafo actuó en mí como disparador de una suerte de memoria involuntaria, el siempre presente episodio de Marcel Proust y la Magdalena sumergida en la taza de té. No reviví el episodio –estaba duramente incorporado en mi memoria inconsciente–, pero sí explicó la naturaleza del suceso que viviera, poco tiempo después de recibirme de ingeniero agrónomo.

Precisaré el hecho central de lo sucedido: el amigo de mi padre, llamémoslo Don Juan, vivía en un campito que mi padre comprara cerca de la estación Olivera, pueblo entre Luján y Mercedes. Se conocían de jóvenes, en tiempos de militancia que se creía “revolucionaria”. Don Juan era ferroviario, vivía en Merlo, y en el fondo de su casita cultivaba una quinta de verduras con una gran diversidad de especies. Cuando se jubiló dedicaba todo su tiempo a atender su quinta y sus gallinas, y tuve ocasiones de visitarlo y observar como empuñaba la pala de puntear, como conducía las plantas de tomate a lo largo de las cañas que servían de soporte, cómo sembraba un almácigo de lechuga, cómo cosecha las papas y cebollas. En fin, era un agricultor de verdad. Por eso, cuando lo desalojaron de su vivienda mi padre lo ayudó comprando el campito frente a la ruta, cerca de la estación, y le dio dinero para que construyera la casa que dio albergue a él, su señora y su hijo, dedicado a la apicultura.

Algún tiempo después mi padre, en vista que su hijo mayor iba a ser ingeniero agrónomo y que era una buena inversión, compró en proximidades de la misma estación Olivera un campo de unas ciento veinte hectáreas, en la que se estableció un tambo, en la que se instalaron el tambero y su familia, incluso con chicos de pocos años que ayudaban al padre en el ordeño, que se hacía una sola vez, de madrugada, y se llevaba la leche hasta la estación, donde se despachaba por el tren lechero.

Yo viajaba con frecuencia al campo, pero en particular porque ayudaba al hijo de Don Juan, que era apicultor. Lo acompañé y aprendí los elementos operativos de la crianza de abejas y cosecha de miel. Pero mis visitas no eran regulares y no podría diseñar ningún plan de acción que mejorara la producción del campo. Eran los meses posteriores a que me graduara de ingeniero agrónomo y que me apresurara a casarme, de veintitrés años cumplidos y salido del servicio militar de 25 meses en la Marina (me tocó la Revolución Libertadora del 55 que volteara a Perón). Como vivía con gran inquietud porque no conseguía una remuneración apropiada -fue cuando estuve contratado bajo el mando del Ingeniero Cercós, en el campo del Ministerio de Agricultura en Castelar-, y sufría una dependencia de la ayuda económica de mi padre, estaba muy alterado. Finalmente mi padre me recomendó que me atendiera con un psiquiatra compañero y amigo de él y así fue que concurrí a entrevistarlo. Y esta es otra parte anecdótica de mi vida: el Dr. David Sevlever me atendía en su consultorio...en la ciudad de Rosario, a donde acudía en un viaje por tren, de ida y vuelta en el día. Sevlever sugirió que lo más conveniente era que me hiciera cargo del campo, que me instalara en él y dirigiera toda la gestión, como una suerte de gerente profesional. Y así fue: en la casa del tambero me habilitaron un cuarto, y yo iba de lunes a viernes, solo, sin mi mujer, que entonces estudiaba...en la Facultad de Ciencias Naturales, en el Museo de La Plata...

No puedo recordar ahora cómo y cuándo sucedió un hecho insólito. Un día, que me retiraba del campo y para llegar a la estación pasaba frente a la casa de Don Juan, a quien saludaba sin dificultad alguna, en esa oportunidad, cuando ya me iba alejando de la casa rumbo a la estación, veo a Don Juan que se asoma de la puerta de la casa y me grita, estentóreo y con un gesto de enojo, “Carlos, no quiero verte más por acá. ¡Decile a tu viejo que yo no te preciso...!”

Obviamente, cuando llego a casa de mi padre éste me recibió entre asombrado y disgustado por la conducta de su amigo. En ese momento no quedaba sino la única salida: echar al amigo de la casa. Pero eso no ocurrió. En tanto yo volví a trabajar con el Ing. Cercós por una magra remuneración y “sufría” la asistencia económica de mi padre, éste decidía un arreglo con su amigo y al poco tiempo puso en venta el campo, con el tambo y los animales. Le dejó la casa a Don Juan, más pensando en su hijo, el apicultor, que en aquél que fuera su amigo. Y ese desagradable momento que me tocó vivir se deshizo en las arenas del tiempo.

Hoy, pasado medio siglo, al leer las palabras de mi joven colega Grobocopatel, pude comprender lo sucedido: Don Juan era un agricultor, trabajador y entendido en su trabajo, y no quería ni ver a un ingeniero agrónomo cerca. Total, un buen agricultor no necesita que le enseñen nada, lo aprendió de sus padres y de sus vecinos. Quizás pueda convocar a un agrónomo si apareciese una plaga desconocida o difícil de combatir. Pero para sembrar y cosechar, lo sabía todo. Por eso el desgraciado episodio que me tocó vivir no fue producto de un enojo circunstancial de Don Juan, sino la esencia de su condición de hombre de campo: no quería que yo, agrónomo, y para colmo hijo del dueño, me instalara a su vera para controlarlo, perseguirlo y así perjudicarlo a él y a sus plantas y animales que con tanto cariño y empeño atendía.

FIN

ADVERTENCIA.....
INTRODUCCIÓN.....
¿PARA QUIÉN ESCRIBO “LAS ANÉCDOTAS DE UN AGRÓNOMO”?.....
ALGUNAS REFLEXIONES ANTES DE EMPEZ.....
Capítulo I. EL PODER DE OBSERVACIÓN.....
Capítulo II. LOS DESEOS DE APRENDER.....
Capítulo III. DE MI INFANCIA.....
Capítulo IV. LAS LANGOSTAS SALTONAS.....
Capítulo V. A CAMPO TRAVIESA.....
Capítulo VI. LAS VARIEDADES.....
Capítulo VII. REGALO DE REYES.....
Capítulo VIII. EL INSTITUTO MALBR.....
Capítulo IX. DE BOSQUES DE LENGUA Y CASTORES.....
Capítulo X. MARCEL PROUST Y LA AGRONOMIA.....
Capítulo XI. ROLF SINGER-DE AGRÓNOMO A BIÓLOGO.....
Capítulo XII. MIDIENDO CAMPOS.....
29	
Capítulo XIII. EL “GRAMOXONE”.....
31	
Capítulo XIV. INTERSIEMBRA EN EL SALADO.....
34	
Capítulo XV. DESARROLLO DE PRODUCTOS AGROQUÍM.....
Capítulo XVI. LA PAPA SE INTRODUCE EN MI VIDA.....
Capítulo XVII. LA AGRONOMIA EN LAS CANCHAS DE FUTBOL.....
Capítulo XVIII. LA AGRONOMIA, reducida a recuerdo (1961-66).....
Capítulo XIX. CON ALFONSIN Y LOS FERTILIZ.....
Capítulo XX. EN EL SUDESTE BONAERENSE.....
Capítulo XXI. LA SOJA Y LA SIEMBRA DIRECTA.....
Capítulo XXII. LAS SEMILLAS, ESAS DESCONOC.....
Capítulo XXIII. PLAGAS URBANAS Y MAQUINAR.....
Capítulo XXIV. LA “VACA LOCA”.....
Capítulo XXV. UNA SUERTE DE EPÍL.....

Un par de reconocimientos...

...para mi abuelo materno, Don Aaron SCHMIBERG, sin duda alguna un Auténtico “Gaucha Judío”, y las familias BORELLI y SANGUINETTI de Villa Sarmiento, que

trajeron de Europa y me enseñaron los conceptos esenciales de la “Agricultura Urbana”